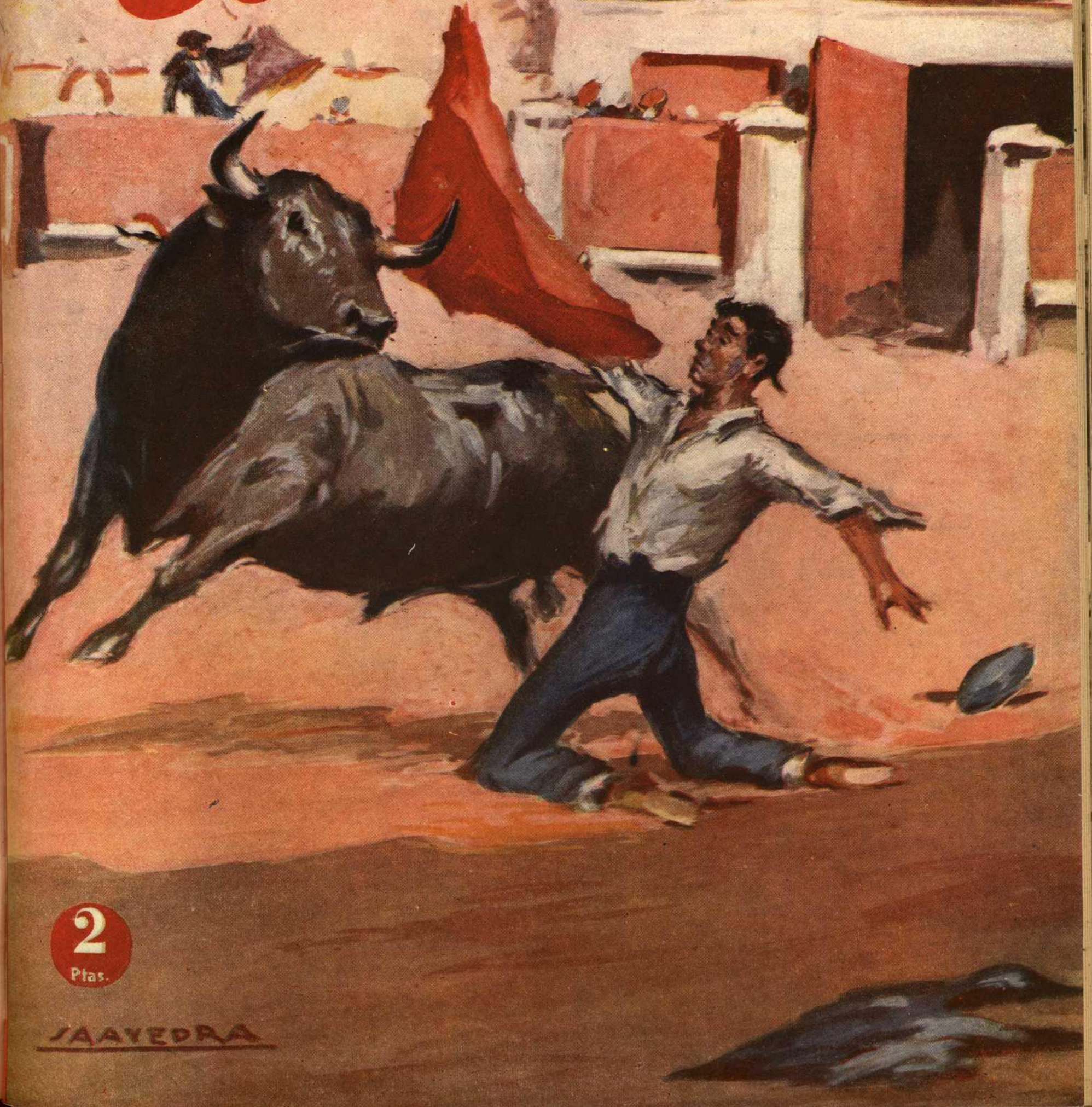


El Ruedo

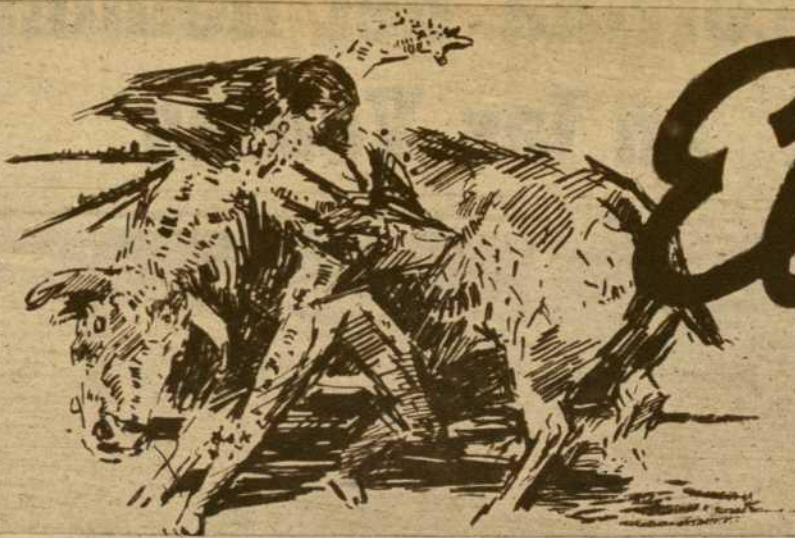


2
Plas.

JAAVEDRA



José Gómez, Gallito



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA
Año III - Madrid, 20 de junio de 1946 - N.º 104

¿Es esto la pandereta clásica, tan motejada? Pues, ¡viva la pandereta! Al fin y al cabo, la pandereta será siempre la cosa ingenua, entrañable, la alegría, el color; y será siempre preferible al escepticismo triste de «estar de vuelta», a lo rencoroso, a la negrura de un sentimiento negativo que ronda, y a veces repasa, la traición...

He aquí la pandereta y su ritmo: una artista famosa, que encarnó en la gracia andaluza la línea de un baile antiacadémico, por personal e inspirado; que vive aún la inmarcesible juventud de sus ojos verdes, como de albahaca: Pastora Imperio. Otro artista famoso que esclavizó a las muchedumbres, y que en plena juventud se puede permitir la coquetería de vivir dentro de su gloria, apartado, siquiera sea accidentalmente, del arte que le dió nombradía: Manolete.

Ambos, Pastora Imperio y Manolete, padrinos del hijo de otro torero popular: Rafael Vega de los Reyes, hermano de aquel Curro Puya, del que un día de éxito pudimos decir:

Yo le gané la «partía»;
si te gustan los valientes,
¡quíereme, serrana mía!

Unas glorias populares y un templo cristiano. «El triunfo», de rodillas ante la dulce figura del Redentor, al que se encomienda los hábitos primeros de un español recién nacido.

¿Pandereta? Pues, ¡viva la pandereta española, castiza, católica, popular! Y ¡abajo las traducciones!



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



MUCHAS veces he escuchado a toreros y aficionados de la época de Bombita y Machaquito el modo de que se valió el famoso señor Mosquera, empresario del coso madrileño, para poner de manifiesto a la opinión por qué los nombres de aquéllos no figuraban en el abono del año 1910 —omisión que continuó la temporada siguiente—, y la reac-

ción del público, favorable al empresario, que se enfrentó con unas exigencias consideradas inadmisibles.

Bombita y Machaquito tuvieron que cantar la palinodia y aceptar las condiciones del resuelto señor Mosquera para no verse definitivamente desahuciados de la Plaza de Toros madrileña, de la que, entre tanto, se habían apoderado el arte preciosista de Rafael el Gallo y el valor del pundonoroso diestro madrileño Vicente Pastor.

Ahora, según ha podido apreciarse estos días, las cosas ocurren de otra manera muy distinta: son los toreros los que denuncian a la Empresa madrileña de no cumplir los compromisos contraídos. Ya en temporadas anteriores habíamos escuchado de labios de toreros acusaciones semejantes; pero nosotros, sin negarles la razón que pudiera asistirles, en la creencia de que para fallar en justicia es necesario escuchar a las dos partes, nos dirigimos más de una vez al gerente, señor Alonso Orduña, que amablemente nos informaba de las dificultades insuperables; algunas, que obstaculizaban su gestión, y nos llegaba a convencer de que la razón estaba de su parte.

Este año, en una prolongada conversación que sostuvo con los críticos madrileños, hizo una exposición de sus planes para la actual temporada, y a diversas e intencionadas preguntas que se le dirigieron respondió con razonamientos suficientes para convencer a todos de la buena fe y el excelente proceder de la Empresa.

Absolutamente solidarizados con ella, se le ofrecieron oportunidades preciosas para que por la Prensa y por el radio se conociera la conducta de cada uno; pero con gran asombro por mi parte fueron rechazados —gentilmente, eso sí— los ofrecimientos. Valía más sonreír, templar gaitas, no enfadarse con nadie... ¡Esto, nunca!

Pero aquí precisamente —de ingenuidad o, si queréis, simpleza me acuso— comenzaron mis dudas. Si cuanto dicen es cierto, ¿cómo no quiere hacerlo público, si ello constituiría su mejor defensa? ¿No recuerda cómo la Empresa del señor Mosquera se vió por su necesidad asistida por el público madrileño?

Una y otra vez insistí al señor gerente: Hable, escriba, cuente a todos la verdad, y verá cómo sale ganancioso.

No era posible. Ahora lo hemos sabido por una carta que don Manuel Mejías publicó en la Prensa, explicando por qué su hijo Antonio no toreó la corrida del domingo último. Los obstáculos insuperables los pone, sin duda, la Empresa. Otra carta como la de don Manuel la podía escribir Belmonte, y otras semejantes casi todos los diestros que ven acabar el mes de junio sin haberse presentado en Madrid.

La corrida del domingo en las Ventas



Una caída durante el tercio de varas del segundo toro. Parrita se apresta al quite, mientras el toro cornea al caballo



Los tres matadores, Parrita, Escudero y Rivera, en el callejón antes de comenzar el festejo, con la madrina de la Peña Escudero



Rivera al iniciar la faena de su primer toro. El mejicano aguanta firme la embestida de la res en un estuario por alto

TOPOS de GALACHE para FERMIN RIVERA, MANOLO ESCUDERO y PARRITA



El diestro Parrita, que tuvo una buena actuación el domingo, da la vuelta al ruedo después de haber cortado la oreja a su enemigo



El madrileño Manolo Escudero toreando a la verónica en un quite a su primer toro, en la corrida del domingo celebrada en las Ventas



Parrita, que cortó una oreja, torea al natural con quietud en la corrida que se celebró el domingo en la Plaza de Madrid

(Fotos Zarco)

La semana en las Ventas

Una magnífica muleta y un gran peón

TODO ello, que figura entre lo muy bueno que en la corrida del domingo pudo verse, está adscrito al nombre de Parrita. La muleta o las muletas las trajo su mozo de estoques en el esporción que lleva grabado su nombre, y el peón figuraba en su cuadrilla. Agustín Parra, con la franela más liviana, con la más grave, con la viva y con la apagada de color, dió el domingo un curso de su manejo en el último tercio.



Así, como él muletea, no hay más que otro, el mismo que a estas alturas descansa y nada quiere saber de tras-tos parecidos. Si en menoscabo de Parrita quiere alegarse que se encontró con las gallinas traídas, dígame en su honor que él no sólo lo ha hecho al maestro, sino que le ha añadido. Así, le ha añadido, y lo estampo sin temer que me lapiden los incondicionales.

Con esto de la añadidura hay que entenderse. En primer término, lo estimo así por cuanto el arte de Parrita —vamos a fijarnos sólo en el último tercio— es una ganancia positiva para el toreo. En éste figura como legítima adición, tanto o más que lo que una persona lleva, lo que deja convertido en escuela, es decir, lo asequible a cualquiera que se sujete a unas reglas determinadas. Del manoleteismo se hablará, como del belmontismo, andando los tiempos, y en su estrechísima y difícil regla monástica habrá de hablarse de Parrita como continuador y mantenedor. El triunfo del domingo —el más legítimo, el único importante hasta la fecha de la temporada madrileña— nos ha mostrado a Parrita como figura con luz propia, dentro de la relatividad del toreo, a la que ni el mismo Manolete puede sustraerse.

Parrita tiene "sus" valores y "sus" quiebras; pero lo interesante es que ha ganado "su" derecho al posesivo, sin compartirlo con nadie. En los terrenos de Parrita, pasándose al toro como él, nadie, ¡nadiel, torea con el temple y con la suavidad mandona de su muleta. Yo —todavía, y no estoy seguro de que más adelante lo pueda sostener—, y a la vista de su faena al tercer galache, le pondría una tacha estética y otra técnica. La primera está en cuanto su misma suavidad —diametralmente opuesta a ese fleje de acero que parece que medula al cordobés Manolete—, unida a su arquitectura física de zagalón, lo hacen un poco desgachado en cuanto no está totalmente erguido. La técnica está —además de su "nonchalance" con el capote— en la dispersión de la faena; pero le absuelvo si me acuerdo del torito veleta aquél, que, como sus hermanos, tendía a doblar de revés, y aun fué no flojo mérito centrarlo para las series. Por encima de todo, la faena tuvo una autenticidad y un mérito magnífico, y aun la del sustituto del sexto lugar también me gustó en su brevedad, porque también hubo temple, y si me apuran, mejor mando, si no el lucimiento de la que se premió con orejas y clamorosas ovaciones.

Ovaciones hubo también para el peón Agustín Díaz y para el picador Parrita. (Ayer triunfó la serie Parrita.) Si éste castigó bien, Agustín Díaz realizó la más estu-penda y completa labor que hemos visto a un peón en bastante tiempo. Oportuno, atento, tan lleno de afición como de modestia, el antiguo novillero ha logrado el cauce que le dará nombre, y bueno, en la torería. Bregó como un maestro, metió el capote en el peligro como ninguno y coronó su labor con dos pares magníficos en lo alto. Este chico es un gran peón.

Poco sitio resta para terminar en un párrafo con el resto de la corrida. Reservamos la mejor parte para el valor de Fermín Rivera, menos puesto que en la anterior temporada. Después nos queda Manolo Escudero, que no nos gustó —¿para qué detallar?— lo que él se gusta toreando.

Los galaches hace tiempo que no nos gustan.

EL CACHETERO



Don Alipio Pérez Tabernero

DESPUES DE LA CORRIDA

Don Alipio, Camará y Martín Agüero comentan el festejo



Martín Agüero

EPILOGO del ruedo, recinto que guarda los últimos ecos de la lidia, el patio de arrastre recoge entre sus muros con los mortecinos rayos de sol, los postreros matices de la corrida.

Mientras el grueso de los espectadores se apresta al asalto de tranvías o «Metro», o bien iscurre cansino calle de Alcalá abajo, siempre hay un núcleo de recalcitrantes que, bajo el pretexto de conocer el peso de las reses, alargan cuanto pueden su permanencia en la Plaza.

Se comentan las incidencias de la corrida, se husmea por entre los grupos de conspicuos de la Empresa, al atisbo de la próxima combinación, y luego, de pasada, se asiste a a «autopsia» del toro lidiado en último lugar.

Según fué la corrida y según en qué torero radiquen las simpatías de cada comentarador, deambulan unos con caras largas y lacias, al tiempo que las de otros rezuman desbordante optimismo.

En esta lonja de comentarios y vaticinios, las frases más encomiásticas, al concluir la corrida del domingo, eran para el torero que acababa de cortar la segunda oreja de la temporada de corridas de toros.

En un grupo, don Alipio Pérez Tabernero, deploraba el que se hubiera picado poco a los toros.

—El primero y el quinto —afirmaba el concienzudo ganadero— me han parecido los mejores para el buen conjunto de la lidia. En cambio los dos sustitutos han resultado los peores.

Sinceridad se llama esta figura, pues como es sabido, el sobrero lidiado en sexto lugar pertenecía a una de sus dos ganaderías.

De los toros, saltó el comentario a los espadas.

Para don Alipio, Parrita acaba de confirmar su derecho a uno de los puestos señeros entre los toreros del momento con mando y personalidad.

—Parrita ha salido esta tarde a hacer lo que todo muchacho que esté en su caso y se estime en algo debe acometer: «A meterse en el terreno del toro» —explicaba a sus amigos el gerente de la Empresa.

Abandono por unos momentos a los comentaradores para cerrar el paso a un espec-

tador de excepcional interés. Me refiero a Camará, que, flanqueado y escoltado por un grupo de amigos, cruzaba el patio en dirección a su vehículo.

Aunque de este hombre tan traído y llevado sustento el criterio de que sus pensamientos casi nunca los deja emerger níticamente a la superficie, no podía en esta ocasión dejar que se escabulliera.

—¿Estará usted contento de su torero?—inquirí al tiempo que sintonizaba mis pasos a los suyos.

Camará, con talante jovial, repuso:

—Con la lidia científica y velérosa que Agustín ha prodigado a su primer toro ha honrado la profesión y se ha honrado a sí mismo. Si sus entusiasmos no menguan, es difícil que ningún torero consiga arrebatarse el puesto que merece. Hoy, hasta sus ene-



José Flores, Camará

migos han tenido que doblegarse ante su arte y su vergüenza torera.

Vuelvo a desandar el camino de la puerta para atrapar esta vez a Martín Agüero, hasta ayer maestro de estoqueadores y hoy hermano político y apoderado de Rivera.

El torero del volapié, sin trampa ni cartón, me expuso su desilusión por el mal juego que a su poderdante le habían proporcionado sus dos enemigos:

—Al primero le faltaba alegría para poder considerarlo como bueno. Al cuarto, manso y difícil y buscando la cornada durante toda la lidia, no se le podía hacer otra faena que la que Fermín le dió dentro del mayor decoro.

—A Fermín, con haber hecho cosas buenas en Madrid, todavía no le han visto los madrileños. Lo que Parrita hizo puede mi torero igualarlo dentro de su diferente estilo.

Y sin querer surge la suerte de matar:

—De la decadencia de la estocada —dice Agüero— no tiene nadie la culpa más que el público. Este, al estar pendiente de la faena de muleta, se desentendiéndole en cambio de lo que ocurre en el ruedo, aun cuando el torero ataque sin prisas, dejándose ver y recreándose en jugarse la piel de verdad.

—Pero es que para que ocurra el bonito momento por usted descrito, hay que soportar la muerte de centenares de toros pasaportados «a pellizcos».

Nada es perfecto en el mundo, y por rosados que fueran los cristales de las gafas de don Carlos Gómez de Velasco, había que reconocer que su semblante al abandonar la Plaza denotaba cierta irreprimible contrariedad.

—Los peores toros —adujo— le han correspondido a Manolo Escudero. Los dos echaban la cara arriba y evidenciaron su tendencia a la huida, a rehuir la pelea. Y pese a todo, Manolo ha toreado de muleta con más arte y suavidad que nunca. Yo lo he visto centrado con los toros y eso es lo que importa en una temporada que, en realidad, empieza ahora.

Poco más pudimos hablar. El sol hacía mucho tiempo que había desaparecido y los pacientes empleados del patio de arrastre, con persuasivas razones, desalojaban a los últimos visitantes.

F. MENDO

A VISTA DE TENDIDO

De la sed, de las raíces de los números, de las faenas de muleta y de otras cosas

A la puerta de la Plaza, y a la salida, voceaban las niñas pregoneras:

—¡Agua fresquita!...
¿Quiéren agua?... ¡Fresquita el agua!

Era una salmodia cantarina con algo de letanía colegial, como si en vez de ofrecer clara linfa en estuche de blanco barro, recitaran la tabla de multiplicar o entonar un ingenuo himno de colegio. ¡Cuántas voces de chiquillas con pregón de agua para saciar nuestra sed! Porque más que el calor y el regusto aromoso y fuerte del cigarro, tantas veces apagado y encendido, era la corrida la que había puesto sequedad en nuestros labios y en nuestra garganta.

—¡Agua fresquita!... ¿Quiéren agua?...

Y sí, queríamos beber agua, enjugar nuestras fauces ardorosas, encontrar ese paladeo fresco y esa palabra húmeda, primaveral, con engastes de rocío, para definir la línea exacta del espectáculo que acabábamos de presenciar, para interpretar su verdadera significación, su auténtico sentido. Los críticos redactan su reseña fiel y dicen su juicio sabio; pero nosotros tenemos otra obligación y otro papel, de arte menor, de escoliador, de traductores de emociones y de sensaciones. En toda corrida las hay, como todo número tiene sus raíces, pero hay que extraerlas. Y en las pregoneras del agua, identificábamos nuestra sed, pero no sus motivos. En su busca descendíamos al fondo de otros pozos, cargados con los recuerdos de la lidia...

—Tiene cosas de torero ese mocito, había dicho el sentencioso del tendido refiriéndose a Escudero.

—¡Quite usted! —argumentaba el disconforme hiperbólico—. No hay más que fijarse en sus codos. Si hubiera cables de la luz, moriría electrocutado, porque los codos se le enredarían en ellos.

¿Qué cosas se oyen desde la escucha de la localidad! En la barrera del siete había mujeres con mantilla, y claveles, y mantones de Manila, y la «peña» de Escudero jaleaba a «su» fenómeno. Pero algunos espectadores menos entusiastas sostenían que el regalo que le echaron a Parrita —¿un libro?... ¿una caja de puros?... ¿una caja de bombones?...—, desde el siete precisamente, estaba preparado para Escudero y se lo llevó el otro. ¡Vaya usted a saber!... Tiene el torerito posturas y actitudes y dió en su segundo un curso de muleta tan cerca que las banderillas se le

partían en el pecho y crujían al quebrarse como ramas secas. Pero el «disconforme hiperbólico» que hablaba de los —y por los— codos, tenía su razón y sus razones. Y no digamos nada de los excesos al largar demasiada tela con el capote. O de la total falta de decisión con el estoque.

En ese último punto todo el comentario del tendido giró en torno de Fermín Rivera. En los toros ya está todo dicho. Pero eso, no descubrimos nada al re-

min Rivera no defraudó a nadie. Antes bien: nos hizo saborear una emoción que ya íbamos olvidando, porque es matador, porque mata y no deja —como tantos otros— que el toro se mate o que se prenda la espada más o menos habilidosamente, que es el peor adverbio que se puede aplicar a un diestro, porque no atañe al arte, sino a la artesanía, no al genio ni al valor, sino al oficio.

Parrita —hay que seguir extrayendo la raíz del número— es matemático, justo, preciso, como su maestro Manolete.

Y de él parece haber heredado ese sentido de la medida y de la sobriedad, del cálculo bien entendido, de la pausa y de la cesura, para arquitecturar su faena de muleta como se escanden las estrofas de los versos.

Si una oreja se puede dar a la perfección en el manejo del trapo rojo, con la mezcla de látigo y bandera que entraña en manos del verdadero lidiador, esa oreja se dió a la faena de Parrita, faena para escrita en un libro de texto o para recogida en un documental cinematográfico rodado con cámara lenta.

De lo demás —ya lo dirán críticas y reseñas—, dos buenos puyazos, buena brega de algunos subalternos y un ganado que... Pero no nos salgamos de nuestro pozo.

No nos salgamos que esto ya sobrepasa los límites de la misión que nos está señalada. Críticos tiene la fiesta que sabrán, mejor que yo, decirlo que pasó, lo que no pasó y lo que debía de haber pasado.

De la corrida tan fatigosa y lenta en muchas ocasiones por culpa de los toros, salíamos con sed. Y las razones de la sed están explicadas.

Y las raíces de los números, extraídas.

—¡Agua fresquita!... ¿Quiéren agua? ¡Fresca, el agua!...

—Sí, niña, dame el botijo de blanco y resumante barro.

Y como si exprimiéramos un gran fruto, lo levantamos en alto y, con gesto de tragasables, nos remojamos el gaznate a la salida de la Plaza.

EL LAPIZ EN LOS TOROS

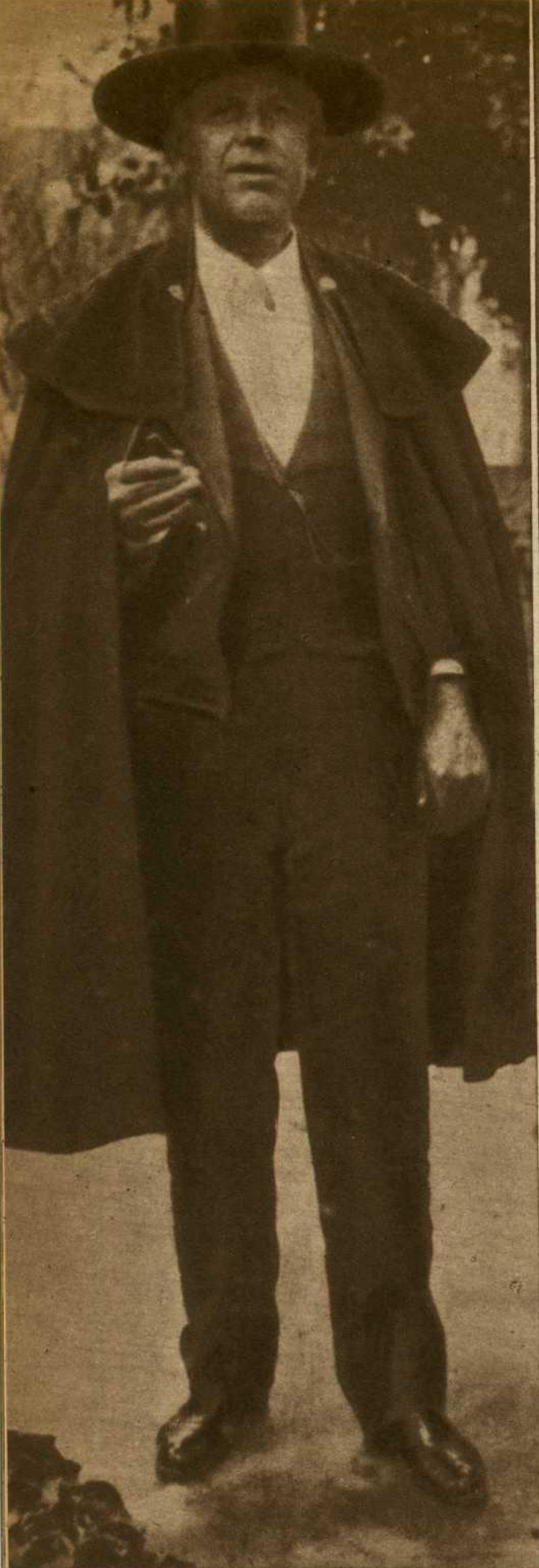
de la corrida del domingo en Madrid. — Por ANTONIO CASERO



1. Parrita en su primer toro.—2. Un banderillero, de cuyo nombre no quiero acordarme, colocó dos pares en los «extremos» del toro.—3. Manolo Escudero durante la faena ejecutada con su segundo toro.—4. Un buen par de Michelín.—5. Un gran puyazo en el sexto

ALFREDO MARQUERIE

LOS TOREROS Y EL AMOR



El torero del siglo pasado era, por su atavío —traje corto, bota enteriza y sombrero ancho—, fácil de distinguir. El Guerra siempre llevó el traje corto

ban este apéndice capilar. Y me lo creí como un tonto. Y durante bastante tiempo continué engañado. Ahora, más y mejor documentado, puedo asegurar que esto es falso: que los toreros, pese al cabrilleo del sol en el oro de sus trajes de luces; pese a los rojos claveles, como cuajarones de sangre, que caen al ruedo en las tardes triunfales, desprendidos de un pelo negro como la negra endrina, y previamente besados por labios no menos rojos y encendidos que las flores; pese a las sonrisas que burlan a la muerte, no reciben más cartas que las de algún amigo pidiéndoles dinero. Es triste y desconsolador, pero es así.

Novias, tienen las corrientes, las que tenemos todos los que nunca nos hemos vestido de azul y oro. Quizá algunas más, lo concedo. Pero novias apacibles, modosas burguesitas, que aspiran a casarse por las buenas, sin miedo a aquello que aseguraba una cancioncilla, de moda hace años:

*¡No hay mujer más desgraciada
que la mujer del torero!*

¡La novia del torero! Dicho, así, es bonito. Ya sé que no es lo mismo para una señorita responder a la pregunta «Y, tu novio, ¿qué es?», «Pues, torero», que tener que contestar de un tirón: «Pues, registrador de la propiedad». Pero ser novia de un torero tiene muchos inconvenientes, porque, una de dos: o el torero es conocido, o pertenece al montón anónimo. Si es conocido, su popularidad es un inconveniente para salir a su lado: todo el mundo le mira a él y todo el mundo comenta: «¡Ahí va el Fulano!» Y a la novia, que la parta un rayo. Si acaso, un comentario despectivo: «Esa que va con él debe ser su novia; no vale nada». Si no es conocido, pues como si no fuera torero, y entonces conviene más el registrador de la propiedad, que también ganan su dinerito los hombres. Y esto lo saben las mujeres, como lo saben todo; por instinto. Además, los to-

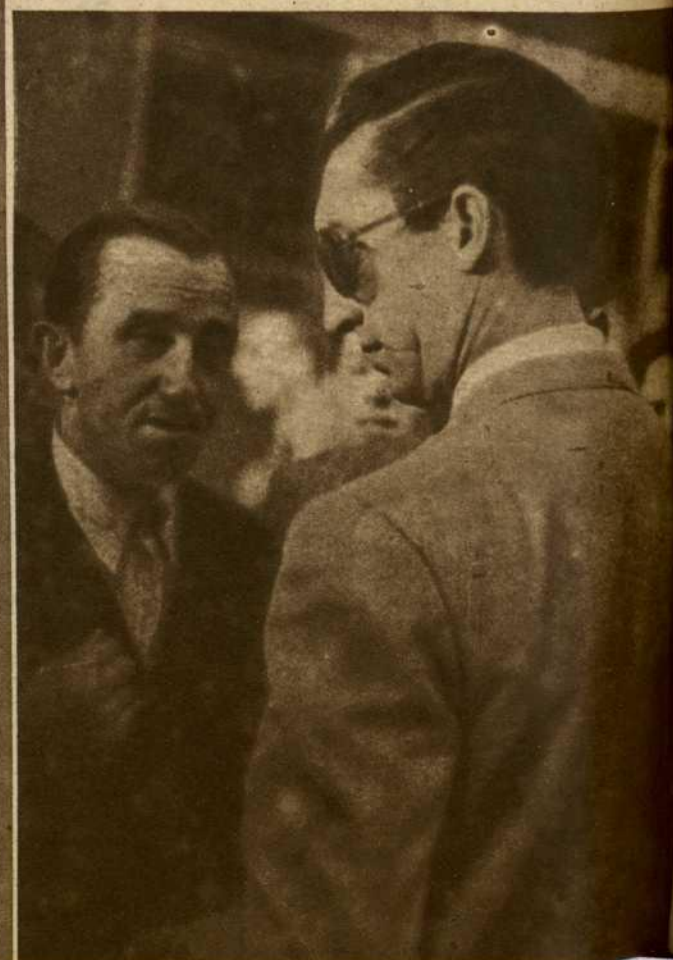
roreros son gente difícil de conllevar. El miedo les deforma el carácter. Durante la temporada están nerviosos, desasosegados; los que torear, porque torear, y los que no torear, porque no torear. Y en el invierno se van al café, y allí se pasan el día y la noche. Naturalmente, me parece innecesario aclarar que estoy generalizando, y que salvo las excepciones de rigor.

Pero me parece conveniente decir la verdad en esta cuestión, sin literatura, sin cabrilleos de oro, claveles sangrientos y burlo-nas sonrisas. Todavía, cuando los toreros eran gente aparte, vestidos en la calle también con un traje especial, gastando el dinero en bureos, juergas y fachenda, podían apuntarse alguna conquistilla que otra; pero a los de nuestra época les ha dado por la elegancia señorial, y así no hay forma de identificarlos como tales toreros si no nos fijamos mucho en sus caras.

Con la moda esta de los autógrafos se defienden algo. De vez en cuando se les acerca una damisela a que le firmen un papelito. Pero no suelen aprovechar la ocasión, porque el torero es tímido. El torero gasta todas sus energías en la lucha con el toro. Como ahora todo el secreto del toréo está en quedarse quieto, de tan acostumbrados como están a la quietud, se quedan, asimismo, como postes delante de una mujer. Y a las mujeres no les gustan las estatuas. Total: que firman el papelito y aquí no ha pasado nada. Siento infinito que la cosa sea así, porque es indudable que voy a desilusionar a muchos lectores, tan ingenuos como lo fui yo en otro tiempo. Otros me tacharán de exagerado. Otros, de envidioso. Otros, de humorista.

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

La figura más destacada de la torería es hoy Manolete. Sin embargo, las gafas y su traje, igual al del resto de los mortales, le hace pasar en muchas ocasiones inadvertido



SI; hubo una época en la que creí que los toreros recibían, por término medio, catorce cartas diarias, de catorce señoritas, declarándoles su amor. Tuvo la culpa, como siempre, la literatura. No sólo las escasas novelas y novelitas de asunto taurino que en España se han publicadas, sino las informaciones periodísticas, me pintaban a los toreros como donjuanes con coleta, pues en la época esa de mi ingenuidad aun usa-

TAUROMAQUIAS

AFICIONADOS Y ESPECTADORES

SERIA absurdo el afirmar que las corridas de toros no son un espectáculo. Pero es nocivo e inexacto el pretender que son un espectáculo como los demás, y no penetrar que tienen un carácter diferencial de todos los demás espectáculos que se ofrecen.

Una representación teatral, o coreográfica, o circense, que reiteradamente saliera mal, o por falta de ensayos o por poco interés de contenido, no podría sobrevivir mucho tiempo, y el público defraudado dejaría de acudir a las taquillas, y la Empresa tendría que cerrar el local. Los toros, durante dos siglos, han venido teniendo un resultado incierto, y hasta si se apura, un porcentaje elevadísimo de fracasos, y el público de aficionados sigue yendo a la Plaza más ilusionado cada vez.

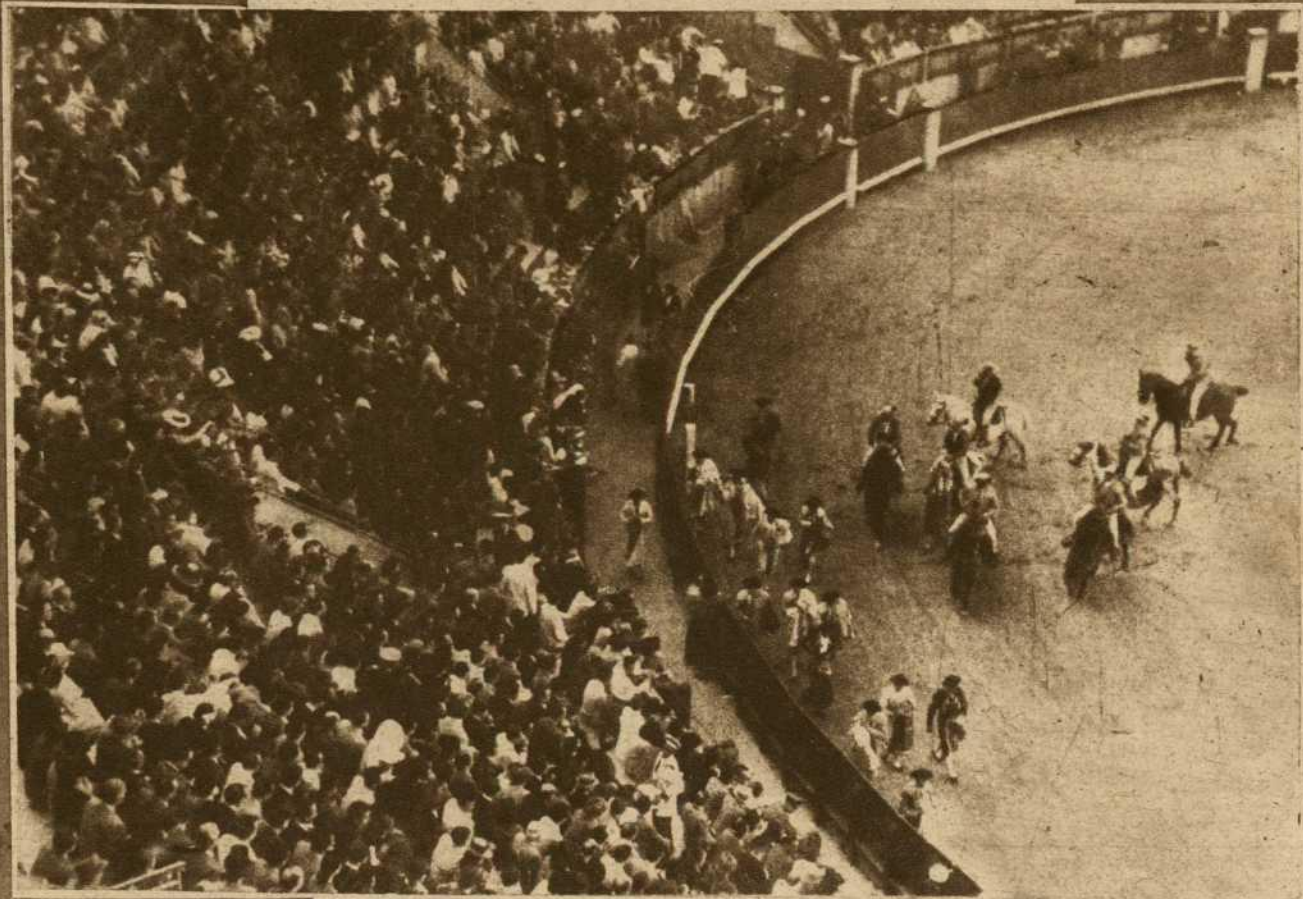
Para esto existe una razón fundamental: los toros no se ensayan. Los componentes de la fiesta han de improvisar su actuación sobre el terreno y sobre la marcha de los acontecimientos del ruedo.

Puede fallar el elemento humano de la fiesta por causas no siempre imputables, o puede fallar, con desesperante irresponsabilidad, la bravura y buen estilo del toro, o ambas cosas a la vez; y precisamente a presenciar que no fallen tales actores de la corrida asiste el público, y la posibilidad del fracaso es coeficiente elevadísimo en la satisfacción del éxito.

Vengo hablando de fracaso, porque vengo pensando en el público actual de la fiesta, en el público de espectadores, y no en el público de aficionados que siempre ha sido su sostén. Para el aficionado a la fiesta, el aficionado al toro y el torero, casi nunca se da el fracaso total. Y aun de éste le consuela el que no fracase él como espectador, y tiene la satisfacción de ejercitar su crítica y su comentario, más largo y a veces más divertido que la propia corrida.

Para que una corrida tuviera asegurado el éxito espectacular se necesitarían, y la experiencia y los gustos taurinos actuales no me dejarán mentir, tal docilidad y similitud en la elección de los elementos de la lidia, que no valdría la pena de asistir a espectáculo taurino hecho sobre la base de tantas precauciones y previsiones.

Estas consideraciones no tienen nada de nuevas, pero me las ha sugerido el espectáculo de las últimas corridas que



Considerando a la fiesta de toros como espectáculo, quizá la estampa más atractiva sea el desfile de las cuadrillas

hemos presenciado en la Plaza de Madrid y la falta de asistencia del público a ellas. Por la puerta de los chiqueros han salido toros con edad y con trapío, unos; por desgracia, los más, mansos, y algunos bravos; y algunos peligrosos y para poner a prueba el valor y los recursos de los diestros, en su mayoría modestos, que habían de lidiarles. Yo confieso que de tales corridas no he salido defraudado, y que un rasgo, o muchos rasgos de valor de tal diestro, o

la maestría más o menos estimada del público de tal otro, y el arte que pudo, por fortuna, exhibir éste, o las fatigas pundo-norosas de aquél, han llegado a mi sensibilidad de aficionado más que tantas faenas «estatuarias» hechas con tontas de la pandereta con cuernos.

Esto, por lo que hace al espectáculo en sí. Por lo que hace al público, el comentario no puede ser sino la tristeza de comprobar que el número de aficionados a los toros es mucho menor de lo que las trompetas de la fama y los honrarios de ciertos

diestros podrían hacer suponer. Tengo en cuenta otras causas que nada tienen que ver con la afición taurina, y si con el bolsillo, que restan, indudablemente, espectadores a las corridas; pero aun teniendo en cuenta estas circunstancias, el número no es alentador.

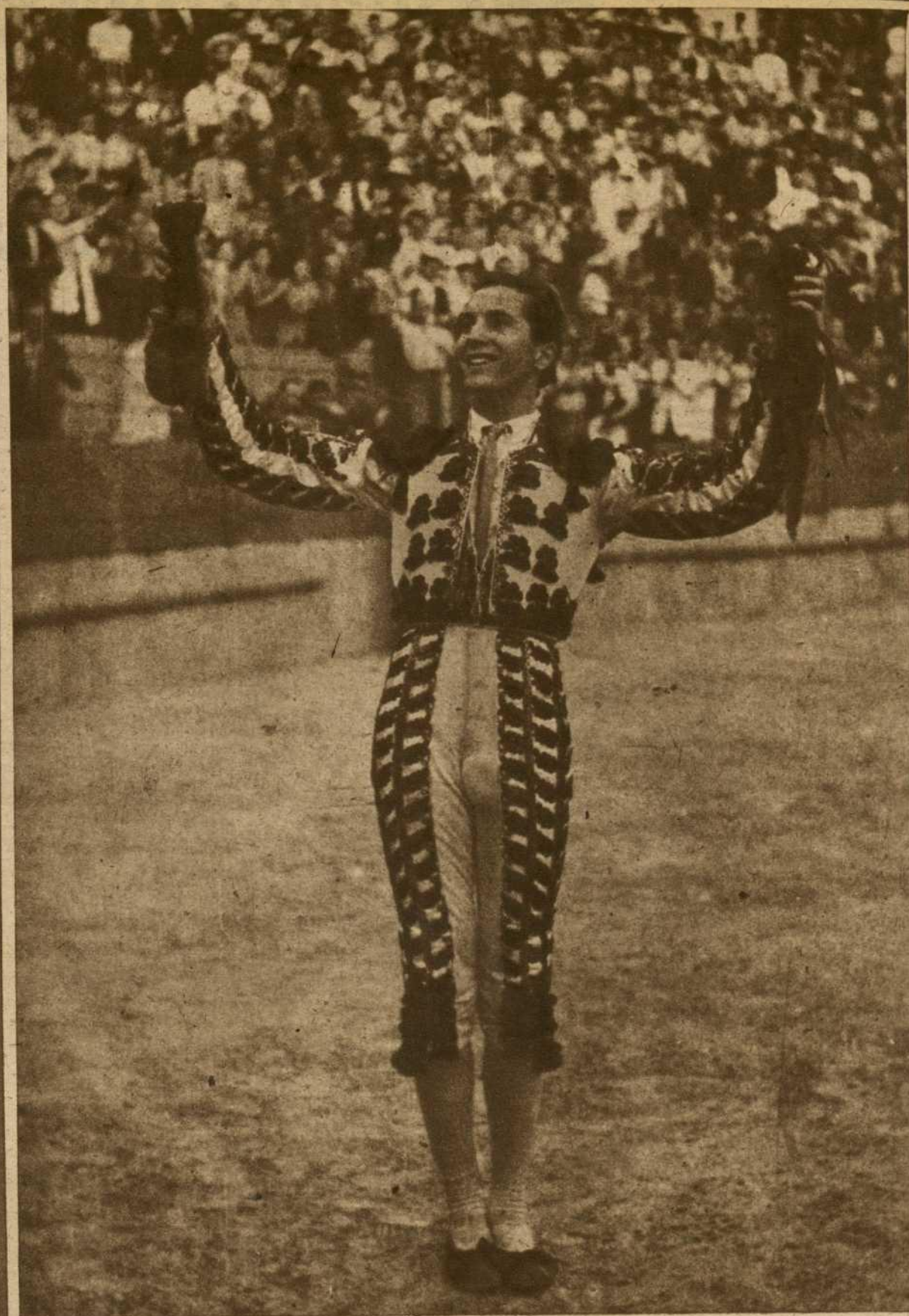
Pero la lección que quiero deducir creo que es válida. Los espectadores superan con mucho en número a los aficionados. Si la fiesta ha de depender de aquéllos, estamos en un callejón sin salida, porque los toros, como espectáculo organizado con todas las limitaciones de riesgo, hombría y técnica que su éxito exige, acabará alejando el interés de los aficionados. Y aun así fracasará, porque aun después de atados los cabos todos que pueden atarse para el éxito plástico de la fiesta, quedan circunstancias imprevisibles que pueden condenarla al fracaso.

La labor de todos debe ser procurar el aumento de los aficionados. Machacar sobre los atractivos de la fiesta taurina como tal fiesta, sin concesiones ni decepciones. Este tipo de asistente a ella es el que la ha mantenido siempre, y ahora, o la sigue manteniendo o habrá de reducir su importancia y refugiarse en la modestia de las corridas que graciosamente llamaba el señor Fernando el Gallo de Plazas sin palcos.

JOSE MARIA DE COSSIO

AHORA QUE LOS GESTOS VAN PERDIENDOSE

AHORA que ya los gestos se acaban y el toréo reduce sus líneas heroicas y se hace más prudente, nos parece justa esta alabanza de un gesto torero, gallardo y brioso, de Luis Miguel Dominguín sobre la arena del ruedo algecireño. Ni pueden desbordarse sus medidas ni restringir su natural lección. Baste sostenerlo en la justa expresión, en el terreno preciso en que estas lecciones de valor pueden darla los toreros teniendo la muerte, como en una ronda, por entre las orillas de las venas. El segundo tofo había cogido a Luis Miguel con mucha fuerza, le cornéó contra el suelo y le produjo contusiones y una fuerte conmoción, que le apretó el cerebro un buen rato en la enfermería. Los públicos suelen no dar importancia a estos incidentes de la lidia. Y la tiene, y no escasa. En ese estado, Luis Miguel había de salir —pocos minutos después— al ruedo. Se le hicieron los masajes y las curas adecuadas, y Luis Miguel saltó al ruedo. En medio de una ovación radiante, clavó las rodillas en el centro de la Plaza y aguardó, capote al suelo, la salida de su toro: el tercero. Se abrió el chiquero, y una lluvia de largas afaroladas retuvo al toro, encelado, acometedor y bravísimo, dando vueltas sobre la cabeza del torero, hasta que éste se levantó, y, sin moverse del terreno, le toréó a la verónica, dándole los terrenos, metiéndole las piernas, sosteniéndole con la mirada, el coraje y el afán: las tres virtudes, ya olvidadas, que siempre sostuvieron la gracia de la torería valerosa y artista. ¿Hay que decir que se le dieron todos los trofeos? Vino después la segunda corrida de la feria. Ortega, al fondo, con su recia figura de lidador arrancada a un cuadro velazqueño, asistía a la faena del pequeño Dominguín, tejida airosamente entre las agujas como en un juego, donde la facilidad iba cubriendo paso a paso las líneas de construcción y solidez, dándole a éstas expresión, adorno, colorido... Luis Miguel se arrodilló, clavó el codo en el testuz, volvió la espalda, y cuan-



Luis Miguel, triunfador en la feria de Algeciras, con las orejas, rabo y pata que cortó, corresponde a las ovaciones del público, que le aclama entusiasmado (Foto Marín)

do ya su sonrisa comenzaba a abrirse hacia el azul del cielo de la Plaza y el vuelo de pájaros que cubría el redondel iba a cantarle en los ojos, el toro alzó unos milímetros el pitón derecho y le prendió desde el arranque de la taleguilla, dándole vueltas por dentro, tangencialmente, a la pierna... Cuando pudo evadirse, Luis Miguel —desnudo, herido, valentísimo— cogió del suelo la muleta, tomó el estoque y lo clavó arriba, hasta el puño, y mientras el dolor le conmovía, intensísimo, el toro caía, fulminado, a sus pies... Así ocurrió todo. Sencilla, derechamente, tal como aquí se refiere. Pero, ¿no es gallardía, cuya escasez obliga a la alabanza? Y no quiere esto decir que sea Luis Miguel torero de valor reseco, trágico, desmedido. No. Su arte es como una pura elegancia castellana, a la que no falta la alegría de nuestros

específicos remates y adornos. Su toreo al natural—cerca, medido, justo—recoge las esencias más finas. Su capote, largo, suave, lento, cincela varonilmente un caro estilo de bajorrelieve. Pero es que ese arte —que tanto recuerda en su pureza a los maestros clásicos— se apoya en el valor consciente, en la gallardía altiva, en el amor a los gestos de majeza y valor, de cuya espléndida lección está esmaltada la vieja historia del Toreo. Nuestro deber era señalarlo así. Porque así lo hizo Luis Miguel frente al cielo claro del Estrecho, en una de las puntas españolas sobre el mundo de la navegación.

EL vulgo —necio, según el pareado lopino— ha dado en clasificar como arte menor, dentro de la literatura periodística, el menester de escribir sobre temas taurinos.

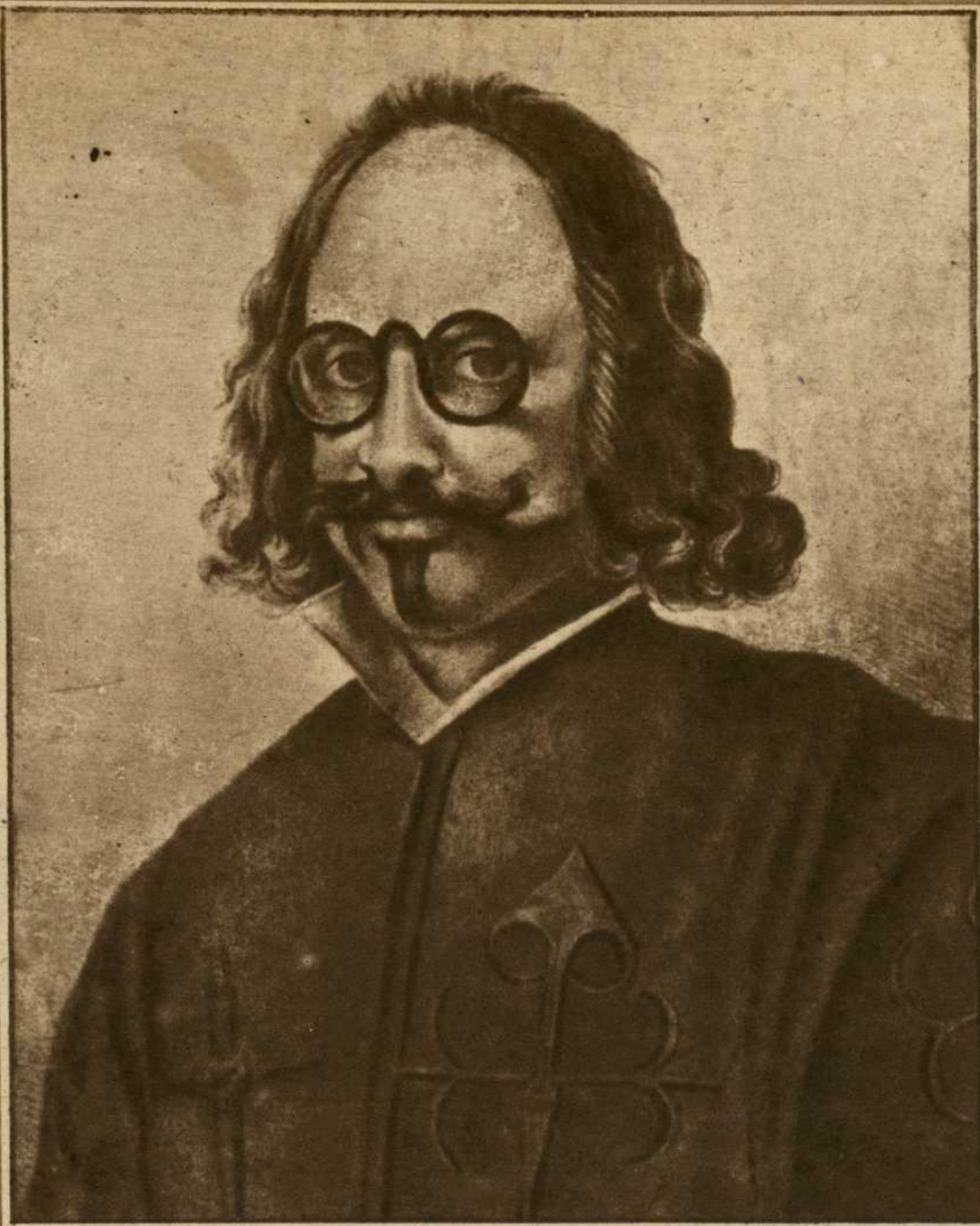
De nada nos ha servido engalanarnos con la pomposa prestancia de los vocablos "cronista" y "crítico"; de nada tampoco que plumas, húmedas todavía, de auténticos escritores, desde Pascual Milán a Felipe Sassone y desde Cavia a Cossio, hayan enriquecido, con la galanura frondosa de su estilo y el nutrido bagaje de sus conocimientos, muchas páginas de periódicos y de libros. A pesar de los pesares, porque molesto pesár es tal injusticia, la palabra "revistero" tiene un eco despectivo en juicio del vulgo y aun en el de algunos escritores y otros periodistas que no cultivan tan española especialidad por falta de afición o por desconocimiento de sus materias, de su desarrollo y de sus elementos.

No he de negar, porque ello es evidente, que entre los exegetas de la fiesta hubo, hay y habrá —y Dios nos los conserve para con faste y justificación de la vulgar y absurda creencia— tal cual esquila berroqueña y algunos prófugos de la agricultura, cuyos textos hispan y revuelven. Pero ello, aunque los unguados plumíferos e stuviesen en mayoría, que, por suerte, no están sino en minoría cada vez más precaria, nunca sería buena razón para medir con escantillón parejo a cuantos escriben sobre temas taurómáquicos. Siempre hubo, y con deplorable abundancia, poetas, chirlas, huecos y ebenes, sobre la memoria de los poetas verdaderos, de alta, limpia y fresca inspiración. Y a nadie se le ha ocurrido tachar de arte menor el divino don de la poesía. Porque Montalbán no puede nublar a Quevedo, ni Cracino a Aristófanes.

Pero a mayor abundamiento, y no como toque de erudición, que no es prenda propia de mi modesto acervo de escritor, sino a modo de curiosa aportación que prueba lo errado del juicio vulgar, traigo a cuenta nada menos que al mayor príncipe del ingenio del siglo XVII, don Francisco de Quevedo y Villegas, de quien dice en justicia Astrana Marín —otro gran aficionado a la fiesta, sin mengua de su altísima claridad literaria— que no se le pueden aplicar las palabras de Valerio: *Sunt bona, sunt quaedam mediocria, sunt plura*; porque mi glorioso tocayo de todo escribió, pero de todo escribió bien.

Y traigo a cuento al autor de *Los sueños* para presentarle como cronista y revistero de toros a la usanza del siglo, en que vivió.

Por ejemplo, en la fiesta de rejonos celebrada para agasajar al Príncipe de Gales, fué don Francisco



Don Francisco de Quevedo y Villegas

El revistero don Francisco de Quevedo y Villegas

ático cronista que satirizó con el punzón buido de su ingenio a los que aquella tarde mostráronse poco diestros para clavar el hierro de sus rejoncillos, sin que les aliviase en su disculpa el fuerte aguacero que cayó sobre la Plaza, de lo que dijo Quevedo:

*Toros valientes vi yo
entre los que conocí,
pasados por agua, sí,
pasados por hierro, no.*

Y a seguido, agudiza la sátira con esta décima:

*Y aunque la fiesta admiré
y a todos quise alaballo,*

*fiesta de guardar caballos
en un calendario fué.
En todos valor hallé,
y aunque careció de zás,
me entretuvo mucho más,
con mesura de convento,
el del quinto Mandamiento,
rejón de "No matarás".*

En la fiesta que don Francisco glosa, hubo un desafortunado, don Antonio de Moscoso, a quien Quevedo clava este gracioso arponcillo epigramático:

*Quedó agradecido el coso
a tanto lucido trote;
echó el cielo su capote
por no ver a un caballero
que, al contar, sirvió de
[cero,
y al torear, de cerote.*

Más podría añadir aquí sobre el gusto y regusto del señor de la Torre de Juan Abad en escribir de toros, reproduciendo alguna de sus quintillas a la *Fiesta en que cayeron todos los toreros*, o de sus varios romances sobre la fiesta de cañas, o del de los *Toros y cañas en que actuó el Rey Nuestro Señor Don Felipe IV*, celebrada el 12 de octubre de 1629. Y aun del soneto *A la fiesta de toros y cañas del Buen Retiro en día de grande nieve*. Pero creo yo que para muestra basta un botón, y mucho más si el botón es de la aterciopelada ropilla de don Francisco de Quevedo.

Aunque el vulgo continúe estimando —desestimando— a los escritores de materias taurinas como cosa de poco más o menos, sin razón que hemos de perdonar, sobre todo después de leer galanuras como las que transcribo:

"Dominguín co-ge los palos y toca la música..."

"Cañitas se tira encima del toro y da la vuelta al ruedo."

"Armillita, en el toro que cortó las orejas."

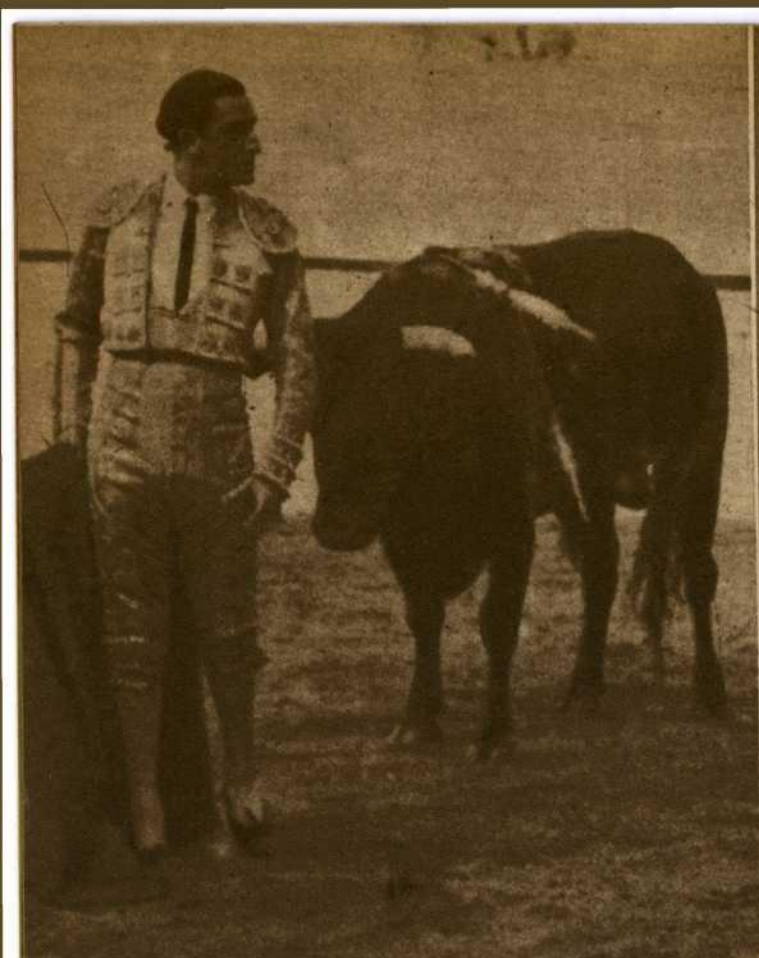
"El novillo se resiente de una de las patas de atrás."

"Domingo dejó una estocada tendida, y el puntillero le acierta a la primera..."

"Después de brindar a un aficionado de barreras, le da un pase..."

"Pide permiso al presidente, y le clava otro par inmenso..."

Y otras lindezas por el estilo, con lo que fuerza es confesar que, a las veces, el vulgo tiene su parte de razón.



Juanito Belmonte en un desplante durante la faena a su primero



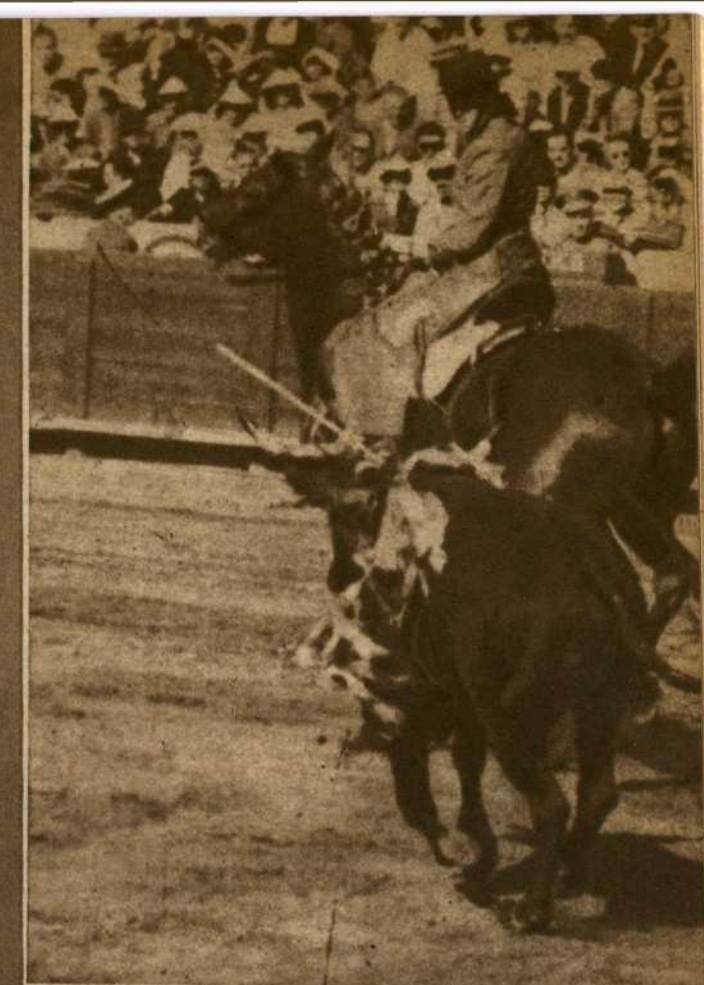
Belmonte toreando por bajo y con la derecha. — Abajo: Domingo Ortega fué derribado por su primer toro al hacer un quite. La cámara recoge el momento de la caída del toledano, mientras el peón se lleva al toro



Pepín Martín Vázquez veroniqueando al tercer toro en que le fué concedida la creja



El pequeño de los Martín Vázquez en un valiente pase de rodillas a su primer enemigo



Conchita Cintrón se adorna corriendo al toro, después de clavarle un rejón

CARTEL DE BARCELONA Conchita Cintrón, Ortega, Belmonte y Pepín Martín Vázquez

Un novillo de Escobar y seis TOROS DE ORTEGA

HUBO una gran entrada el domingo en la Monumental. Se lidiaban un novillo de Escobar para Conchita Cintrón, y seis toros de Domingo Ortega. Venía el de Borox a matar dos de los seis, y los otros cuatro Juanito Belmonte y Pepín Martín Vázquez.

Ortega anduvo suelto con sus toros. En el primero, que fué aplaudido por su buena presentación, Domingo fué ovacionado en una serie de verónicas, y aunque el toro llegó in-

cierto a la muerte, el matador supo trastear con eficacia, para cobrar una entera que bastó. Hubo aplausos a su labor. En el cuarto, que salió suelto de varas, Ortega, que empezó de rodillas, tuvo que desistir de todo lucimiento y luchar a brazo partido con las condiciones del bicho. Abrevió, y ello fué bastante.

Juanito Belmonte también traía ganas de lucirse, y así, en la lidia de su primero, estuvo

valiente y decidido y artista. Hubo ovaciones y música durante la faena de muleta, y después de un pinchazo hondo y descabello, al segundo intento, fué ovacionado, teniendo que saludar. En el quinto, que fué soso y salió huído, Belmonte estuvo breve.

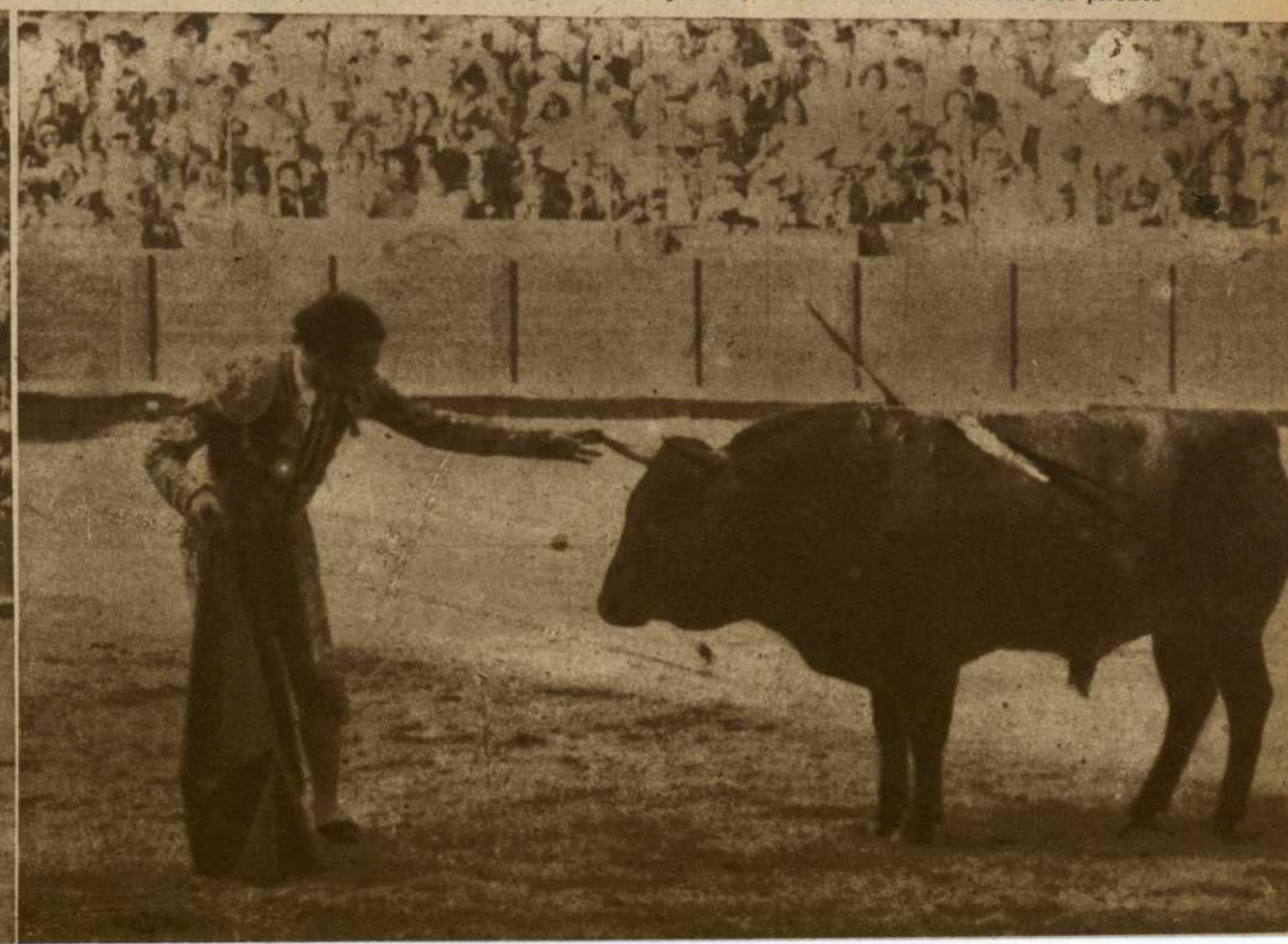
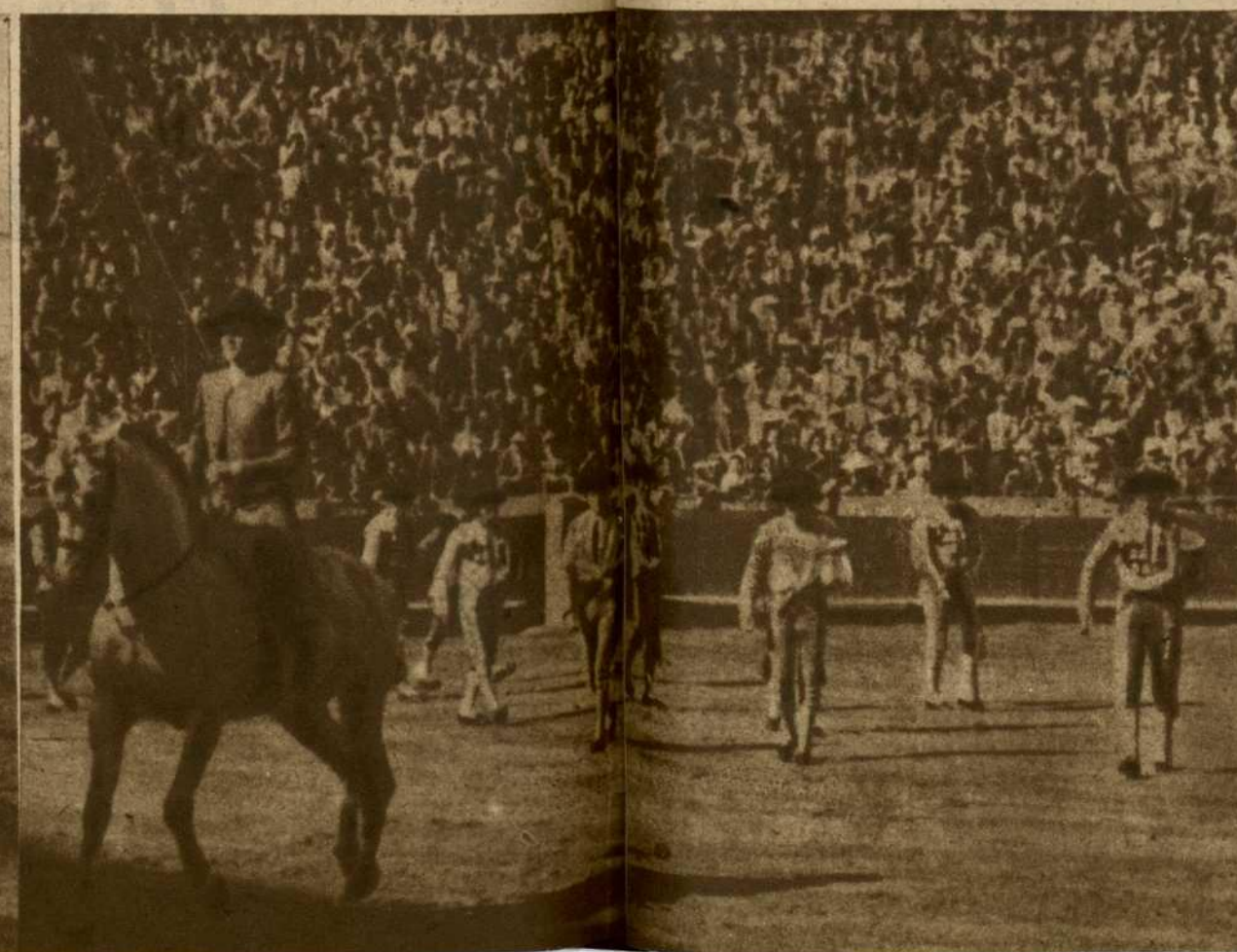
El que se llevó la palma de la tarde fué el más pequeño de la terna. Pepín anduvo muy torero toda la tarde, tanto en sus toros como en los de los demás. En su primero hizo una

gran faena, de la que se pueden destacar ocho naturales en dos series, de maravillosa ejecución. Cortó una oreja y dió la vuelta al ruedo, después de haber colocado una gran estocada en todo lo alto. En el que cerró plaza, el sevillano quiso redondear la tarde; pero no tuvo suerte con el estoque, y todo se quedó en ovación y vuelta. Sin embargo, estuvo muy torero, y durante su faena hubo música y largas ovaciones.



Las cuadrillas, con Conchita Cintrón al frente, hacen el desfile en la corrida celebrada el domingo en la Plaza Monumental de Barcelona. (Fots. Valls.)

Conchita Cintrón juguetea con el toro, al que ha clavado un rejón de adorno. — Abajo: Domingo Ortega durante la lidia de su primero, en el que escuchó palmás, se adorna tocando al toro los pitones



LA pasión que siempre produjo la fiesta taurina ha dado origen a disputas que, en multitud de casos, se han manifestado de manera eficaz y viril en los tendidos de las Plazas de toros, haciendo inútiles los argumentos de serante y pacificadora conciliación que la lógica suele brindarnos; pero ya no es tan frecuente, ni muchísimo menos, que los actores del espectáculo, al sentir retorcido su amor propio, se enreden en agrias discusiones a la vista del público, o que en el mismo ruedo se repartan bofetadas y mojicones.

Y precisamente porque es muy raro que estas cosas ocurran, vamos a ocuparnos de tres curiosas efemérides, en las que el desabrido empuje de la vehemencia dió lugar a tales actos.

I

En la corrida verificada en Málaga el 12 de junio de 1876, y en ocasión de lidiarse ocho toros de Anastasio Martín, presenció el público el poco edificante espectáculo de ver andar a la greña a los espadas Gordito, Bocanegra y Lagartijo.

La primera mitad de la corrida se deslizo sin hacerse ostensibles las rivalidades existentes entre los dos cordobeses y el sevillano, pero durante el primer tercio de la lidia del quinto toro se desataron aquellas en forma tal, que no pudieron ocultarse a la concurrencia.

Llamábase el toro en cuestión Monjito; era negro, meleno y lucero; mostró poder y bravura poco comunes, y mandó a la enfermería a los picadores Juan Antonio Mondéjar, Juaneca, y Antonio Calderón. Con una res de tales condiciones, bien advertirá el lector que tenía que ser laboriosa la intervención de los matadores en los quites, y al verse apurado Bocanegra en uno de éstos—debido, sin duda, a la pesadez de sus movimientos—, denostó de manera descompuesta al Gordito, culpándole nada menos de que le había echado encima el toro.

Disputaron acaloradamente los dos espadas, y no tardó en terciar en la cuestión Lagartijo, el cual salió en defensa de su paisano; mientras se cruzaban entre los tres las más duras frases, a ciencia y paciencia de los espectadores, hacía los quites Juan Molina, y al cambiarse el tercio pareció como si se hubieran calmado los ánimos de los contendientes.

Mas a poco de salir al ruedo el toro siguiente, se trabaron de palabras el Gordito y Lagartijo, por si correspon-



Gordito



Bocanegra



Lagartijo

Disputas, bofetadas y mojicones en el ruedo

día a uno u otro cierto quite, y Carmona acabó por retirarse al estribo con sus peones, en actitud parecida a la del chico que hace rabetas porque a su hermanito le han

dado un caramelo más que a él. La verdad es que aquello no era serio en un director de lidia.

Se dió suelta al séptimo toro, que correspondía a Antonio Carmona, y entonces se retiraron a las tablas Bocanegra y Lagartijo, quedando solamente en el redondel el matador de turno, con los picadores y su peón Vicente Méndez, el Pescadero.

En aquellos más que dime y directes sostenidos por los tres espadas, intervino repetidas veces la concurrencia protestar contra las cuestiones de carácter personal dirimidas en el ruedo, con perjuicio de la lidia; pero, en cambio, permaneció en actitud pasiva el presidente, que era el llamado a poner coto a tales desmanes.

II

¿Hablábamos del celo presidencial? Pues veamos cómo cuidaba del principio de autoridad y de orden el teniente de alcalde del distrito de Palacio, de Madrid, al presidir la novillada que en dicha capital se celebró el 27 de marzo de 1887, en cuya función actuaron de matadores Tomás Parrondo, el Manchao, de gran cartel entonces; Rafael Guerra, Guerrita, coloso en puerta, y Rafael Sánchez, Bebe, llamado a malograrse en plena juventud.

Se corrieron seis toros del conde de la Patilla, y después de la suerte de varas en el cuarto, saltó al ruedo un espontáneo, provisto de dos banderillas, con el propósito

dientes adonde él estaba, y como el público se inclinara a favor del espontáneo, dejó a éste en libertad e impuso al dependiente de la Plaza una multa de cincuenta pesetas.



Manchao



Guerrita



Bebe



Mazzantini



Lagartijillo



Villita

de clavárselas a la res. Comenzó la persecución del intruso por parte de la cuadrilla, como siempre ocurre en tales casos; al conseguir sujetarle un dependiente de la Plaza, se liaron los dos a bofetada limpia, que no en vano se hallaba la primavera en sus comienzos, y sabido es que la repentina y gloriosa renovación de la sangre nos hace vehementes e impulsivos; en los tendidos se produjo un alboroto más que regular; el presidente, don José Plazaola, mandó subir a ambos conten-

¡Bonita manera de ejercer el derecho! Convergamos en que tal presidente se pintaba solo para arreglar cuestiones.

Francamente, entre aquel de Málaga y este de Madrid, nos quedamos con el primero.

III

Situémonos, sin salir de Madrid, en el día 6 de octubre del año 1895, para ver lidiar seis buenos mozos de Miura por las cuadrillas de Luis Mazzantini, Antonio Moreno, Lagartijillo, y Nicanor Villa, Villita.

Este último había tomado la alternativa de manos del primero en dicha Plaza el domingo anterior, y quiso demostrar que entraba en la nueva categoría con muchos bríos, los cuales puso de manifiesto al rendir muy lucidamente a los dos miureños que le tocaron en suerte.

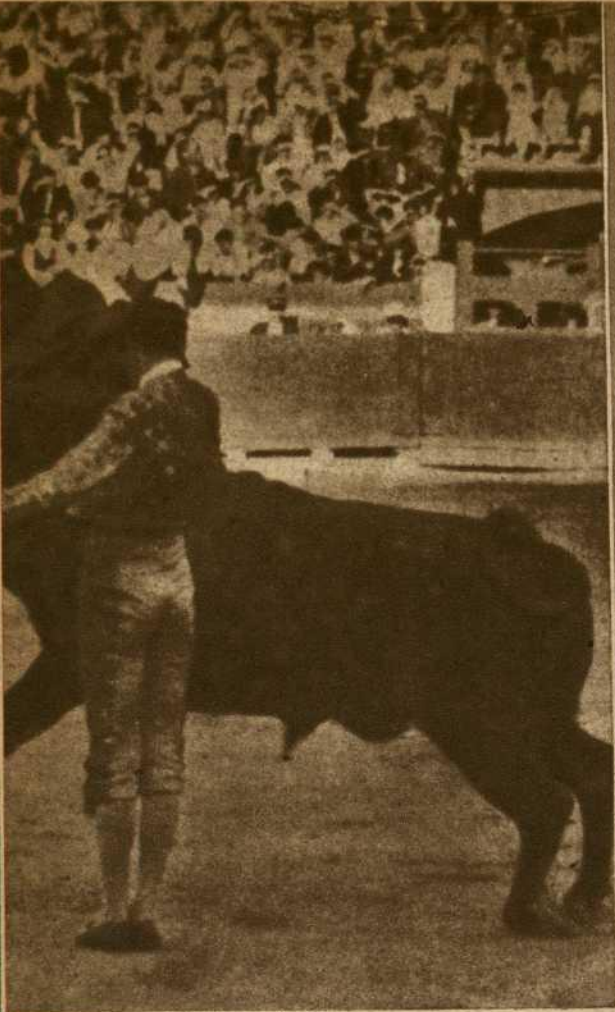
El tercero, Abutardo, colorado, asardado y bien puesto de cuerna, se arrancó con voluntad dos veces al picador Macipe, y al tratar éste de colocarse nuevamente en suerte, se obstinó en lo contrario el caballo que montaba.

Entonces, un monosabio cogió al jaco de la brida para llevarlo al toro, pero el caballo se resistió desenfrenadamente, y Mazzantini—muy celoso siempre en el desempeño de su cargo de director de lidia—puso fin a la lucha descargando sobre el monosabio unos fuertes mojicones y mandando retirar la reacia cabalgadura que montaba Macipe.

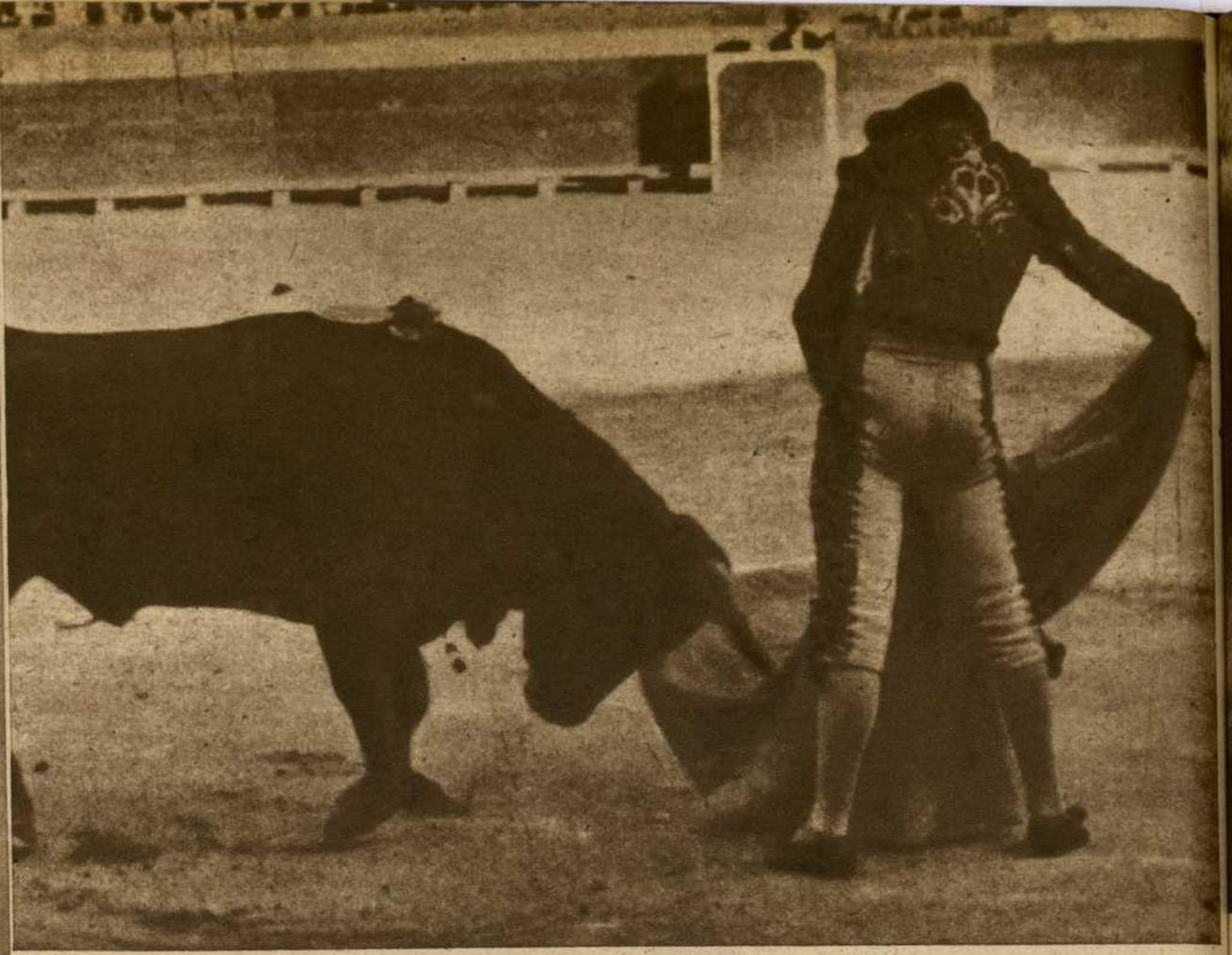
El acto de castigar de obra a un empleado de la Plaza a la vista del público fué censurado por algunos, pero aplaudido por muchos que estaban hartos de las extralimitaciones de tales servidores, y los puñetazos de Mazzantini hicieron que, cada vez que en lo sucesivo actuaba dicho matador de director de lidia, se abstuvieran los monosabios de excederse en el cumplimiento de su misión.

¿Verdad que en nuestros días sería conveniente aplicarlo en algunas ocasiones?

DON VENTURA



El novillero Honrubia, en un muletazo ayudado por alto a su primero

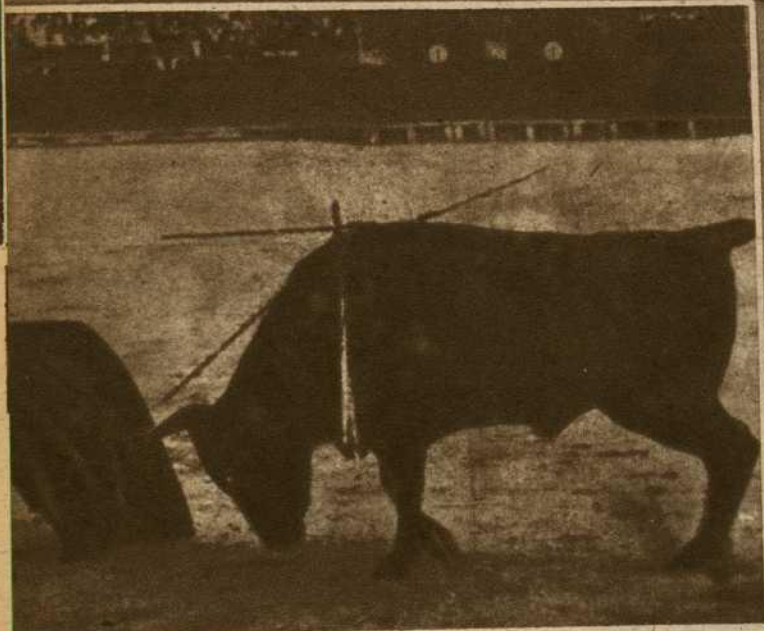


Pepe Catalán lanceando a la verónica a su primer enemigo

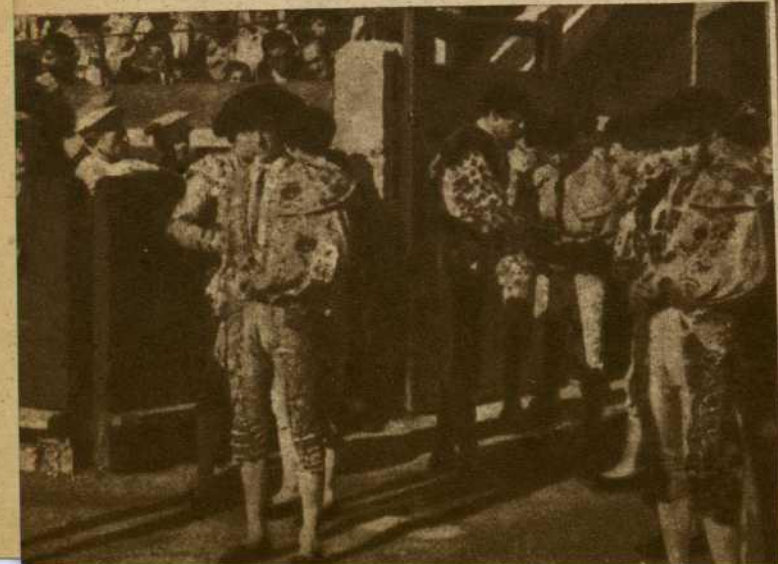
(Fots. Vidal.)

NOVILLADA EN VALENCIA

Novillos de Buendía, para CATALAN, VITO y HONRUBIA



Vito, que tuvo una gran actuación, torea al natural al novillo del que cortó las orejas.—Abajo: Vito, Honrubia y Pepe Catalán, momentos antes de hacer el paseíllo

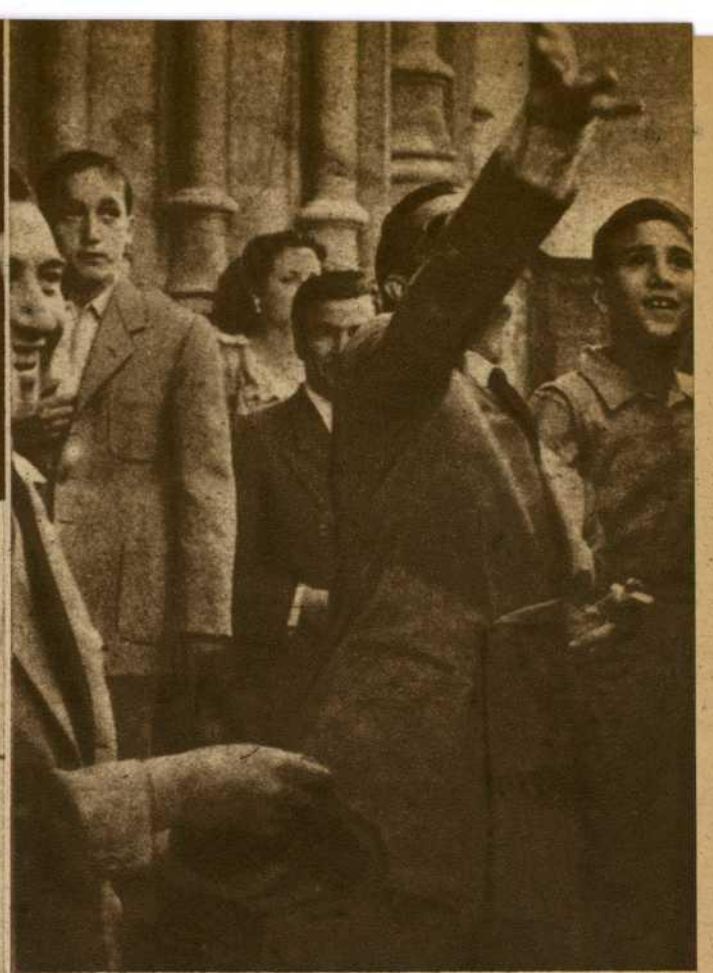


El novillero Vito fué sacado en hombros como premio a su excelente labor durante toda la corrida





Pastora Imperio y Manolete sostienen en sus brazos al hijo de Gitanillo de Triana, mientras el sacerdote vierte sobre la cabeza del pequeño el agua bautismal



Viva el padrino! —dicen los chicos—. Y Manolete suelta al aire el puñado de perras

BAUTIZO DE UN HIJO DE GITANILLO DE TRIANA



El padre de la criatura, Rafael Vega de los Reyes, con su hijo mayor y un grupo de amigos, a la salida de la ceremonia

PASTORA IMPERIO Y MANOLETE FUERON LOS PADRINOS



Arriba: El sacerdote en el momento del ofrecimiento. Detrás, Pastora y Manolete rezan. — Abajo: Entre los invitados figuraba el conocido cirujano doctor Zumel.

Después de verificada la ceremonia, el grupo de invitados rodea al sacerdote y a los padrinos. — Abajo: Parrita y Rafaellillo también asistieron al bautizo. Helos aquí charlando animadamente.



EL ARTE Y LOS TOROS

LOS TOROS EN LA PINTURA DE JOAQUÍN TERRUUELLA

HENOS aquí ante un maestro de la pintura taurina. Ya hace tiempo que queríamos hablar de Terruella. Y queríamos y era obligado el hacerlo, porque no siendo este pintor uno de esos artistas que esporádica o circunstancialmente se han ocupado del tema, sino que ha tiempo se dedicó a él con verdadera fe y entusiasmo, bien merece que nos detengamos con gozosa satisfacción en el comentario de su obra, meritísima por tantos conceptos. Porque en Joaquín Terruella se acusan y perfilan bien visibles y destacadas las líneas y características esenciales de un buen pintor. De un pintor para el que el arte del color no tiene secretos y al que se entregó sin reservas, con toda la lealtad y el entusiasmo inherente a una nativa e indeclinable vocación.

Terruella paisajista y Terruella pintor de toros, pintor de la Fiesta Nacional. Dos temas que, bien vistos, guardan en sí cierta analogía, porque ambos recogen la luz y el color, las armonías y los cambiantes de una irrisación plástica rota y disgregada con el tecnicismo del pincel, para finar en una conjunción de gamas, de tonalidades y contrastes en una bella composición, traspunto fiel de la sensibilidad y hondas emociones de su creador. En una estética que, respetando las maneras clásicas, la pureza de estilo, sabe ponerse a tono, sin estridencias o excentricidades vanguardistas, con la pintura del momento, tendente a la rapidez compositiva, a la movilidad y nervosismo de una pincelada que no se detiene premiosa, sino que corre por la tela buscando el efecto y la sensación sin caer en el empalagoso y afectado amaneramiento, propio de un espíritu de pobre concepto evolucionista, de un espíritu sin ansias de cierto futurismo académico con acuerdo con los preceptos básicos de una pintura del más puro estilo español.

Joaquín Terruella siente el deslumbramiento magnífico y esplendente de la luz, y fiel a los postulados de esa agudizada sensibilidad que le caracteriza y que en general prologa toda obra bella, coloca el caballete ante la Naturaleza, busca en el exterior, al aire libre, el motivo para sus cuadros, y en el mar y en el cielo, en el campo y en el jardín públi-

«Toros», cuadro de Joaquín Terruella, de fuerte y briosa pincelada, magnífico exponente de un arte prendido en las más puras esencias de la moderna escuela española

co o privado, encuentra la causa de su inspiración afortunadísima. Y así, fiel a las enseñanzas recibidas de su maestro el marinista Matilla, se lanza por los caminos que conducen al mar para dar vista a las playas maravillosas de Sitges, o a los acantilados majestuosos, a lo panorámico paisajístico de Mallorca, en donde los verdes y azules se hermanan y confunden en una grata armonía de asonancias pictóricas. Por eso, cuando va a Italia, Terruella busca bajo la luz mediterránea los suaves y tranquilos jardines empapados del más sutil romanticismo, como queriendo, y logrando, encontrar en ellos

aquella patria chica que accidentalmente abandona. Y es paisaje —la afición temática la hereda también de Rusiñol—, es luz, es claridad lo que piden sus ojos, esa claridad que va de los jardines de la villa de Este-Tivoli a la bravura solemne y majestuosa de la Costa Brava; de los rincones soñadores y nostálgicos de Aranjuez, a la emoción costumbrista de *Subasta de pescado* o a la tranquila mausedumbre de las marinas con un cielo de transparencias de cristal...

Por eso, cuando Terruella desplaza su pintura a los toros, hay en sus lienzos ese juego y esos cambiantes colorísticos que parecen vistos, admirados más bien, tras el lente ingenuo y maravilloso de un kaleidoscopio movido por mano infantil.

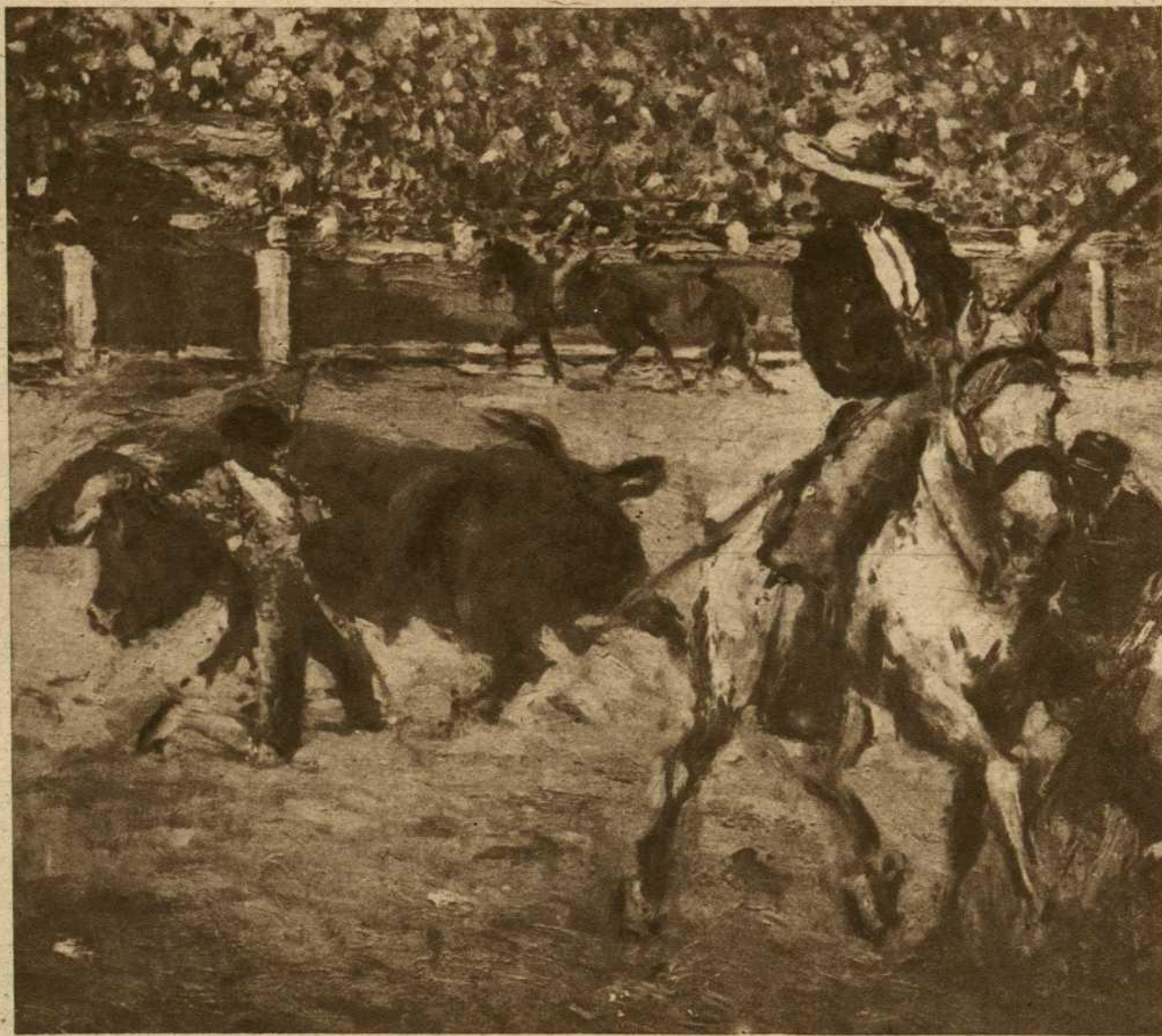
Terruella a pintor de toros. Terruella admirable pintor de toros, porque su pincelada sabe darnos la luz y sabe darnos el movimiento, la emoción y la realidad en las menos pinceladas posibles. Fuerte, briosa la pincelada de Terruella. Sin falsos efectismos detallistas, con toda esa ruda resolución apropiada a la índole del espectáculo reflejado. No la suave, la terciopelada, la afeminada pincelada, sino el rasgo entero, sin debilidades, con esa llana y auténtica ejecución, que es guión y estandarte de la verdadera pintura española.

Citar todas o la mayor parte de las obras taurinas

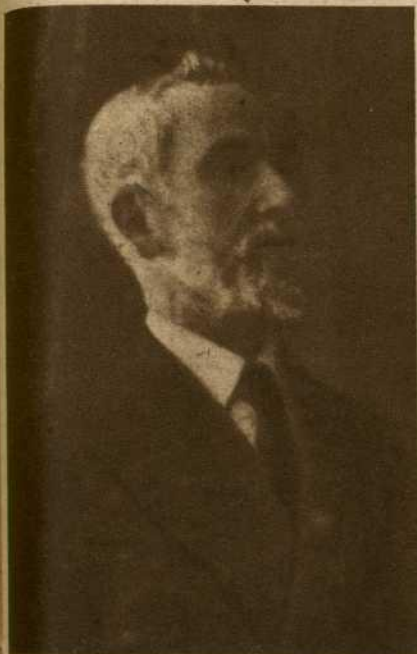
de Joaquín Terruella sería tanto como hacer un extenso catálogo. Desde *Caípea a El reserva*, pasando por *Toros* y sus recientes láminas por procedimiento reproductivo, todas las fases y momentos de la lidia han sido admirablemente captados por él, y en todos y en cada uno de sus cuadros va quedando constancia de esa elogiada duplicidad temática que enriquece y revaloriza la mejor escuela, la más depurada fase pictórica de estos tiempos.

Obra, la de este pintor, tan abundante como selecta. Obra taurina por la que la paleta de Terruella ha sentido predilección tratando los temas con verdadero cariño y entusiasmo, que se ha traducido más tarde en el logro perfecto de lo propuesto.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



Para DON ANICETO MARINAS el torero más grande de todos los tiempos ha sido Lagartijo **LA FAMOSA ESTOCADA DE HERMOSILLA**



Don Aniceto Marinas, este hombre pequeño y lleno de vivacidad, que lleva sus primeros ochenta años con una inquietud y un nerviosismo juvenil, llega ahora a su casa. A la mansión-hotel donde tiene su hogar y su Estudio.

La tarde ha caído ya, y don Aniceto, insigne escultor, maestro de maestros, cuya veterania es pareja en el arte y en la vida a la de don Mariano Benlliure, su amigo y compañero desde los tiempos de Roma a finales del siglo pasado; don Aniceto, decimos, cree que ha terminado ya su jornada. Una jornada que empieza a las nueve de la mañana y que, además de sus esculturas, se prolonga en sus clases de Bellas Artes, en las juntas... No sospecha que todavía hoy le espera el cuestionario del reportero; pero don Aniceto es hombre rápido en sus decisiones. Apenas le hemos expuesto el objeto de nuestra visita, ya está lanzado a toda velocidad por los caminos de sus recuerdos y de sus pensamientos taurinos.

—¿De toros, dice usted?... Ya no voy tanto como antes, no. La fiesta ha perdido sabor. Antes... era otra cosa. Y no se crea usted que es que los años me impiden enjuiciar con equidad las cosas actuales. Es que de los tiempos de Lagartijo y Frascuelo a estos de hoy hay una diferencia grande, muy grande...

—Ya hará tiempo que es usted aficionado.

—¡Huy! Usted verá. ¡Lo que uno ha visto de toros y de lo que no son toros! Y lo que espero ver todavía, si Dios me da salud. A los toros he sido aficionado desde que era un muchacho. ¿Y quién no? En mis tiempos eso ni se preguntaba. ¿A qué español no le iba a gustar la fiesta? Hoy creo que incluso existen gentes que no han ido nunca a la Plaza. Fui aficionado y hasta aficionadísimo. ¿Pero usted no sabe que la medalla de honor que me concedieron en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1926 la gané por un toro, precisamente?

—No sabía nada, la verdad.

—Pues, sí, hombre. Es una escultura que representa a Lúgía y Urso en un pasaje de *Quo Vadis?* Urso, el esclavo, aparece en el momento en que derriba, agarrándole de los cuernos y retorciéndole, al toro, sobre cuyo lomo va atada Lúgía. El escultor tiene que estudiar mucho la anatomía de sus modelos, y para esta obra yo me dediqué muchas

tardes a observar a un toro manso que había en La Granja. Me pasaba las horas enteras fijándome en su línea, en sus músculos. El guarda, que había reparado en la misma escena que se repetía todas las tardes, me dijo una vez: "¿Qué, le gusta el torito?" El torito, como él decía, aunque era un animal de proporciones enormes, me gustaba, en efecto; pero su inquietud me impedía observar otros detalles imprescindibles para obtener la sensación de fiereza. Le hice comprender, como buenamente pude, a aquel hombre lo que hubiera deseado, y él me contestó: "No se apure. Ahora le traeré la hembra, y ya verá." En efecto, trajo al otro animal, y aquel manso, que parecía inofensivo, se convirtió de pronto en algo temible; mordía la madera del árbol a que estaba sujeto; se retorcia, en su ansia de libertad, y de todos aquellos movimientos saqué yo una documentación preciosa para mi obra. Me empapé, por decirlo así, de todo lo que necesitaba. Pero aun no estaba todo. La parte trasera no la recordaba con exactitud, ya que la mayor parte de las veces había visto al toro de frente. Esta parte la completé con los apuntes que tomé una tarde a un toro negro, fiero, precioso, en el momento en que se arrancaba a un caballo y ponía en la embestida todo su ímpetu salvaje.

—Pero, vamos a ver: ¿A qué toreros más antiguos ha alcanzado usted a ver?

—Pues a Lagartijo, a Frascuelo, a El Espartero. La muerte de El Espartero no la vi por casualidad. Un domingo en que no tenía yo muchas ganas de ir a la Plaza, porque no me atraía demasiado el cartel, un amigo se empeñó en que fuéramos para comprobar si El Espartero era tan valiente como se decía, y anote usted que en una época en que todos los toreros poseían un valor indudable, destacar por esta cualidad ya significaba algo extraordinario. Me convenció, y fuimos a ver las pregonadas hazañas de El Espartero. No habían mentido. Lo que hacía aquel muchacho era, no ya de valiente, sino de temerario. Aquella tarde le vi morder las orejas a un toro y hacer otras barbaridades por el estilo. Me tuvo en vilo durante toda la corrida. Y sufrí tanto, que me prometí no verle más. Al domingo siguiente toreaba otra vez. No quise ir. Fue el domingo en que murió en la Plaza, víctima de aquel valor rabioso que era su característica.

—¿Y recuerda usted la primera corrida que vio dónde fue?

—En mi ciudad natal, en Segovia. El cartel lo formaban Frascuelo, Hermosilla y Angel Pastor, que reaparecía después de una cogida grave que le tuvo varios meses apartado de los ruedos. Frascuelo era el ídolo, el famoso, el torero a quien se iba a ver. Los demás completaban el cartel, pero no eran su base de atracción. Esto traía muy quemado a Hermosilla, que tenía mucho amor propio. Fruto de este orgullo profesional fue el de matar un toro recibiendo como no lo he visto jamás a nadie. Llegado el momento, y ante la expectación de la Plaza entera, que se dio cuenta de que iba a recibir al animal, Hermosilla trazó una raya en el suelo delante

del toro, extendió el pañuelo, puso los pies sobre el cuadrado blanco y saltó. El toro se arrancó como una flecha, y Hermosilla lo recibió de manera que fiero y hombre rodaron al mismo tiempo, la primera sin vida, de resultados de la estocada perfecta, y el segundo indemne, para levantarse en seguida y recoger la ovación estruendosa. Frascuelo, aquella tarde, quedó apagado. No tuvo suerte al matar y atravesó a uno de sus toros con la espada. ¿Y qué torazos eran aquellos!

—Enormes, ¿eh?

—De pavor. Desde el tendido daban miedo. A Lagartijo le salió uno en Madrid que no dejó un caballo y traía de cabeza a todos los picadores. Lagartijo estaba desesperado, porque el pánico había cundido entre los de a caballo. Y eso que aquellos picadores eran los Calderones y otros de la misma fama. Lagartijo cogió a uno de los caballos de las riendas y lo llevó frente al toro, que se arrancó sobre el grupo. Rodó el torero por el suelo, y el toro se le vino encima; pero aquel torero era tan grande, tenía tal serenidad y dominio de las situaciones, que, desde el suelo, con la capa él mismo se quitó el toro. Dicen que hoy se juega mejor con la capa. Si usted hubiera visto aquellas largas de Rafael Molina, llevando al toro detrás, como hipnotizado...

—Veo que era su torero...

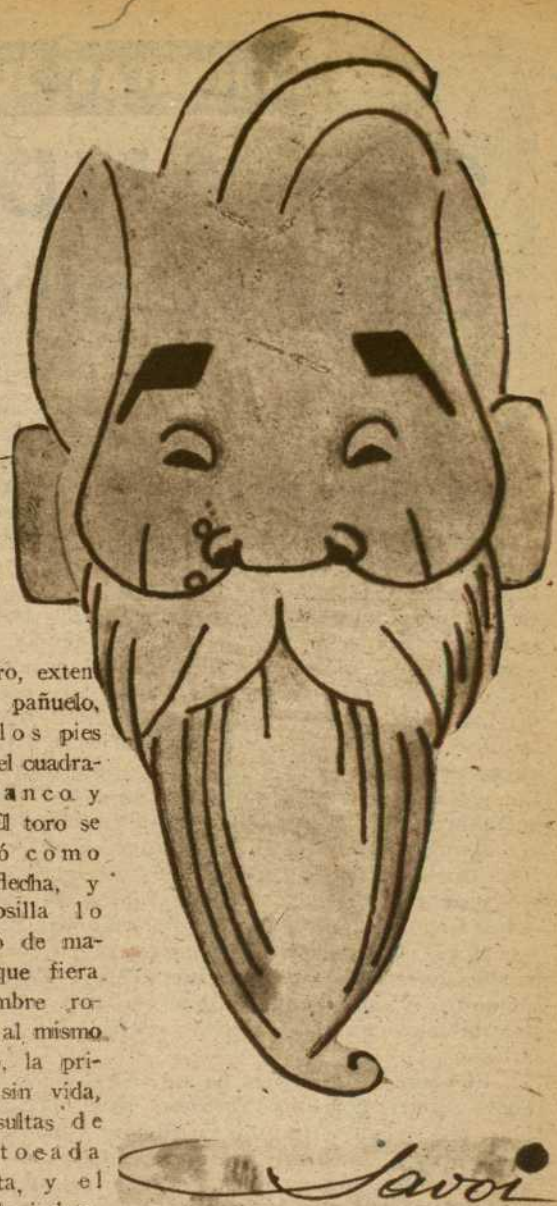
—Ah, sí, no lo niego. Pero, de todos los tiempos, Lagartijo. Reconozco que Frascuelo, cuando estaba bien, hacía cosas preciosas. Pero como Lagartijo, ninguno. Ni el Guerra, ni Joselito, ni ninguno...

—¿Y de los de ahora?...

—Alto, amigo. De los tiempos de Lagartijo, lo que usted quiera. Pero de ahí no paso. Es ponerse a hablar de otro mundo distinto. ¡Aquellos toros! ¡Aquellos toros!...

Y no hubo forma de pasar a los tiempos actuales. Don Aniceto se negó en redondo a hacer comentarios sobre el toreo actual. Los de ahora, no. Los de antes. Y cuando nos íbamos, nos repitió:

—Si fuera de Lagartijo, de su época, todo lo que usted quisiera. Pero de la actual... ¡Ay, Lagartijo! ¡Aquél sí que fue grande...!



Con ANDRÉS GAGO a su vuelta de América

ANDRÉS Gago está en Sevilla de vuelta de su largo viaje con Arruza por tierras suramericanas. Ocho meses ha durado la campaña y es el décimocuarto viaje que el popular hombre de negocios taurinos hace a América. Asusta pensar el número de millas y de kilómetros a que ascienden estas catorce expediciones toreras. Eso sí: Andrés Gago, veterano ya en estas lides —a pesar de su juventud—, sabe envolver en una festiva sonrisa sevillana las mil pequeñas incidencias, las aventuras, las anécdotas, ese pequeño mundo interior de los viajes largos por países diversos, en las más complejas y enrevesadas comunicaciones de dos Continentes... Encontramos a Andrés Gago en su casa, esta Cruz Verde tan populosa y sevillana. Gago no sale un minuto de su casa. Tiene a su madre enferma y se pasa el día hablándole y acompañándola en su enfermedad y en sus años. Esta tarde ha hecho con nosotros una excepción, y después de una visita al Señor del Gran Poder —que Gago tenía ofrecida, con otras muchas, desde América—, hemos asistido a los toros. La corrida ha sido un buen sitio para nuestra charla. Las Plazas de toros van siendo —¡cosas veredes!— el mejor ambiente para las charlas pacíficas y tranquilas.

—El balance de Arruza ha sido éste —nos dice Gago—: once corridas, toreadas así: cuatro en Lima, tres en Medellín, dos en Bogotá y otras dos en Maracay (Venezuela). Éxitos grandes y las orejas y los rabos, que ya sabes con qué facilidad los gana Carlos. Estamos muy satisfechos de la campaña y tengo en trámite aún gestiones con la nueva Plaza monumental de Méjico para la temporada del año próximo. Todavía no ha habido arreglo definitivo.



Andrés Gago, con su señora, el domingo en la Maestranza



Andrés Gago, en amena charla con Paco Montero, Bargas, Raimundo Blanco y Fernando Gago

Gago sonríe desde el mirador cauteloso de sus gafas oscuras. Como estamos al borde de la pregunta, se la hacemos:

—¿Mucho éxito económico?

Esta vez no es una sonrisa, sino un serio silencio. Y Gago nos responde con originalidad:

—Más que lo que se gana, hay que hablar de lo que se gasta. Porque en esto no se piensa nunca. Hay mucha leyenda en esto del dinero de los toreros. Aparte —continúa Gago— de que los viajes cuestan una verdadera fortuna; ahí queda este dato interesante: Manolete pagó, por exceso de equipaje, en su viaje de Méjico a Lima, 1.800 dólares, que son más de 20.000 pesetas. Esto sólo de exceso de equipaje. Imagínate nosotros lo que pagamos, con la afición de Carlos por los viajes cargados de baúles abarrotados de qué sé yo las cosas que le gusta llevarse por donde quiera que va... Un hotel de primera categoría cuesta, cada día, 16 ó 18 dólares. La vida está carísima, incomparablemente más que en España. Escasean muchas cosas. Hay muchos días sin carne, sin azúcar, etc. Puedes decir, porque así es, que la situación española no se valora bien hasta que no se está fuera de España. Como aquí vivimos, nadie vive en el mundo. Esto es un auténtico paraíso...

—¿Cuáles son los proyectos de Arruza?

El famoso empresario se afirma las gafas. Calla unos instantes, como recordando bien las instrucciones recibidas del torero — y, al fin, explica:

—No hay más que un proyecto ya en marcha: descansar; Carlos está en Méjico arreglando varios asuntos particulares. Entre ellos el de organización de una ganadería brava. Ya ha comprado varias vacas de La Punta y ahora le mandaré tres sementales de don Felipe Bartolomé, que compraremos en estos días. Para mí es una verdadera incógnita saber cuándo va a venir Carlos...

Insistimos. ¿Por qué no ha llegado Arruza? Gago va contestándonos con más concreta exactitud:

—En el fondo de este retraso hay una razón de sensibilidad y bondad. Carlos Arruza se sintió muy dolido cuando el año pasado se dijo que él ponía dificultades para la confección de los carteles. Y que muchos compañeros se quedaban sin torear por su culpa. Por esto vendrá cuando ya la temporada esté muy avanzada y todos hayan tenido ocasión de afianzarse y situarse. Esta es parte de la realidad. Tengo órdenes tuyas de no comprometer una sola corrida hasta su regreso. Sólo hay una excepción: Sevilla. Tenemos dos corridas y las fechas dependerán de su vuelta, pero éstas son seguras. Es más —nos dice Gago—, si llegara a tiempo, torearía la de la Prensa sevillana. Tanto él como yo tendremos mucho gusto en que pueda ser así.

Ha traído Andrés Gago numerosos encargos ganaderos de Suramérica, sobre todo de Bogotá, a donde tiene que enviar, dentro de unos días, dos sementales de Santa Coloma para la ganadería de doña Clara Sierra, que tiene parte de Mondoñedo y de la cual Arruza lidió tres corridas.

Hablamos ahora de los recuerdos triunfales de América. A los toreros españoles les han recibido en todos los países, con mucho cariño y mucha simpatía. Hubo muchas fiestas en agasajo y homenaje de los visitantes. La última en honor de Gago y sus compañeros y amigos —con asistencia de Arruza— fué en casa de Caires, el crítico taurino de *El Siglo*, de Bogotá, donde se evocó el arte y la copla andaluzas.

—¿Y Manolete?

La respuesta del apoderado de Arruza es rápida y persuasiva:



Andrés Gago (Fots. Arenas)

—Como siempre. Cortándole orejas y rabos a todo lo que le salió por los toriles. Manolete ha sido digno representante del toreo español en América. Pero los viajes...

Es ahora Fernando —este bondadoso y efusivo Fernando Gago, hermano de Andrés y peón de confianza en la cuadrilla de Arruza— quien nos cuenta el viaje de vuelta:

—Eso de los viajes... Cansan más que el toro. El de vuelta fué así: de Caracas a Belem tardamos ocho horas; de Belem a Natal, cuatro horas. Hacía un viento fenómeno, y cuando ya estábamos a cinco horas de vuelo de Natal sobre el Atlántico, tuvimos que regresar a tierra. Al día siguiente, vuelta al mar, y después de diez horas viendo agua y agua —y el aparato no era hidro!—, llegamos a Dakar, en África. Seguimos a Casablanca, con siete horas, y en otras dos, de Casablanca a Lisboa... En total; cuarenta y una horas consecutivas de vuelo, y —como decía Gitanillo— con la vida «de un ala».

—¿Qué hay de cierto en unas supuestas relaciones amorosas de Carlos Arruza con una madrileña? —preguntamos a Gago. Este se sorprende. Nos mira interrogativo y hace un expresivo gesto de duda. Entonces, Raimundo Blanco cuenta que en ocasiones como ésta las dudas se resuelven a «la andaluza», diciendo: su novia es la de Villegas.

Gago pregunta qué familia es ésta de Villegas, y Raimundo responde: «De tó el que llega».

Hay un rasgo muy sevillano y fino en Arruza que no hemos de dejar al margen de esta crónica. Había hecho Carlos una promesa formalísima a la Virgen del Rosario, de Montesión, y ante la imposibilidad de estar a tiempo en Sevilla, encargó a su madre que viniera especialmente a España para cumplir su promesa. Tiene en proyecto, para su llegada, celebrar una fiesta taurina en beneficio de la Hermandad. Carlos lleva consigo a esta Virgen del Rosario, la Guadalupe mejicana y una imagen de la Pilarica. Su vida está llena de una intima y fina piedad, a la que Arruza hace honor en todos sus actos privados y públicos.

PACO MONTERO



UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL •

QUEMADURAS - GRANOS
 ULCERAS - HERIDAS
 VENTA EN FARMACIAS

Censura sanitaria núm. 3970



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

TODA UNA CUADRILLA

Y es que, naturalmente, Angel López, Regatero, que es el que anda en medio luciendo su cara patilluda, antes de matador había sido un excepcional peón, un extraordinario banderillero. El sabía lo que vale una cuadrilla a la hora de andar por los ruedos entre cuernos, y no debió regatear para asegurarse una, que sin temor a equivocarnos mucho, podríamos decir que era la mejor de aquellos tiempos y hasta una de las mejores que ha conocido la historia taurina.

Porque ahí van, si no, los nombres: Manuel Ortega, Lillo, del que se ha dicho con justeza que mereció ser colocado entre los mejores banderilleros de su tiempo y aun de todos los tiempos. Flamenco con solera es un eslabón de una de las familias taurinas que mayor lustre han dado a la fiesta. Otro: Francisco Ortega, Cucu, hermano del anterior, que sin desmerecer la altura de Lillo como banderillero, alcanzó las cumbres del toreo por su inteligencia y habilidad como peón. Más aún. Pablo Herráiz, enorme rehiletero, émulo del Gordito, maestro de la brega que llegó a figurar en el cartel, aun dentro de la cuadrilla, con tanta importancia como

el matador, pues sabido es que sus actuaciones se anunciaban como si fuera un espectáculo aparte. Las mejores plumas taurinas han llenado largas cuartillas para cantar las excelencias de este sin igual peón, que supo dar de su arte secundario un relieve inusitado, aun en sus tiempos en los que, como ya vamos viendo, no escaseaban los subalternos de categoría.

Pero no acaba aquí la lista. Aun queda la sin igual figura de Francisco Calderón, rica estampa de varilarguero,

cuya prestancia ya era motivo atractivo. Seguramente el más elegante de todos los piqueros conocidos unió a esto una capacidad extraordinaria y una inteligencia nada común. Porque lo más maravilloso de Frasquito, que así se le conocía, era

su mano izquierda, sin que por ello fuera de desdenar la derecha. Y para acabar en pocas palabras y resumir los elogios a esta figura innegable de los que ciñen castoreño, diremos que el 19 de agosto de 1872, en la Plaza de Toros de Bilbao, el público pidió para él un toro al que había arrancado, con gesto decidido, las cintas de la divisa, después de picarle como mandan los más exigentes cánones. Queda aún Gabriel Caballero, que en su especialidad de puntillero supo poner la cacheta a la mayor altura.

Es decir, que entre tantos fenómenos, Regatero había de triunfar, tenía que triunfar necesariamente. Sin embargo, no fué así. Entre los seis que asoman hoy su estampa a esta página, Angel

López, aun con estar en primera línea, es la figura más oscurecida.

Una figura que sin embargo hubiera sobresalido entre las de los subalternos.



RECUERDOS DE ANTAÑO

OFRECÍ a mis amables lectores, en el número de EL RUEDO correspondiente al día 23 del pasado mayo, darles a conocer la primera parte de la carta que el picador José Durán dirigió a don Antonio Moreno Bote, y voy a cumplir mi promesa. La segunda parte de la epístola referida la copié en mi libro *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla*; pero la primera ve ahora la luz por primera vez. Yace en mi archivo, en unión de otras que sucesivamente iré publicando. Veamos los informes que el pintoresco varilarguero enviaba al simpático y popular boticario madrileño, y de su contenido sacaremos las deducciones a que haya lugar: «Sevilla, 4 de septiembre de 1830. —Madrid. —Señor don Antonio Bote: Mi muy, Apreciable Amigo, quando setiraron los Carteles de la Corrida de Toros de Aficionados escribí á V. y le remití uno, á esta fecha no etenido con testacion; á el fin la funcion se efectuó yaunque precipitado todo pr. el poco tiempo, y el mucho que se ganava en las muertes de los Toros y pr. esta razón se picaron poca cosa quedio marjen aque nouciera lucido la jente de á Caballo más; pero lo que se pico estuvieron guapos yendose atodas partes alos Toros, yo tuve la delicadeza de ponerles buenos Caballos y yo me quedé con dos indignos que por poco me cuesta el pellejo, como verá V. pr. el adjunto estado que le remito llevado con escrupulo pr. un aficionado, y aunque otros an llevado oecho despues estados y creo los an mandado aesa indecentes y falsos pr. que ajan la funcion y sus individuos ledigo

a V. esees el echo de la verdad y en todo caso se puede aser costar: Deseo con ansia que seproporcione alguna funcion en esa pa. tener la satisfacion quenos beamos, tenga V. la voluntad de entregar esa Ala Rejina y deirme las señas de su casa pa dirijirselas y nodar á V. esas incomodidades: Con esta fecha esabido que en Cadiz en una pequenísima plaza que tienen an estado echando Toros y en la ultima Corrida picaba un muchacho de Bejer llamado Salcedo que principiava y no era malo; un toro le mató el Caballo y caydo no acudieron las Capas atiempo y ledió el Toro una cornada pr. entre las dos bias que la ultima noticia fue quedar agonizando; y ya abramuerto y baelaño de picadores: V. me pregunta en su ultima pr. los picadores de las funciones quebi en el Puerto y fueron Juan Mateo a quien V. conoce, Bernardo Botella que es regular aunque no es picador consumado y Christoval Marchante que no es ni será pr. que no es caballista, aquibasalendo un Manuel Gonzalez, de Utrera ayjado de Juan Pinto que se espera que sea bueno es caballista, guapo y lijero, no ay cosa de particular pues lode mas que hay son menos de regulares pr. no desir malos. —Suplico á V. nomeprive desu correspondencia y quedando Espre-



UNA CARTA DEL PICADOR JOSE DURAN

siones a las Sras. y su Sr. hijo como á los demas Amigos; disponga de su Amigo q. s. m. b., *Josef Maria Durán.*»

Afanoso de dar noticias a su amigo, que, como se ve, le había pedido información de los picadores que comenzaban su labor, le cita algunos. De ellos podemos decir algo que amplie la opinión de Durán.

Salcedo, que es el primero que nombra, es José Salcedo, que si hemos de creer lo que dice de él, debió morir a consecuencia de la cornada recibida en Cádiz, y sin embargo Cossío afirma que ha-

que, entre las muchísimas cartas que poseo de Pedro Romero, precisamente de los años 1830, 31 y 32, en ninguna nombra al Marchante, cuando, de haberle recomendado, no podía acudir para ello más que al conde de la Estrella y a Moreno Bote, que eran los únicos amigos influyentes en asuntos taurinos que el viejo y glorioso matador rondeño tenía en la Corte.

Y, por último, Manuel González, del que viene a decir lo mismo Cossío que Sánchez Neira, salvo el error en que incurre este último, al decir que nació en Madrid, cuando su pueblo natal fué Utrera, donde también vino al mundo su tío y padrino, el gran varilarguero Juan Pinto, que le protegió mucho, llevándole a la cuadrilla de Juan León. El 25 de abril de 1831 alternó en tanda en Madrid con Juan Martín el Pelón.

Cumplido mi ofrecimiento, en lo sucesivo me ocuparé de publicar cartas muy curiosas de Jerónimo José Cándido, que guardo en mi archivo. Y de las que espero saque provechosas enseñanzas quien las leyere.

NATALIO RIVAS

(De la Real Academia de la Historia.)





Alonso Vega

EL miércoles, día 12, se celebró en Salamanca una novillada benéfica. Manolo Navarro, Vito y Belmonte lidiaron seis novillos de Sánchez Fabrés. Navarro hizo una gran faena en el primero y cumplió en el cuarto. Vito dió la vuelta al ruedo en el segundo y estuvo muy lucido en el quinto. Belmonte cortó las dos orejas y el rabo de cada uno de sus novillos y fué sacado en hombros.

—El domingo, día 16, se lidiaron en Madrid cuatro toros de Galache, uno de González, que se corrió en cuarto lugar, y uno de Hoyo de la Gitana, que salió en sexto lugar. De los seis toros, sólo el primero fué bravo. Fermín Rivera estuvo muy bien en el primero y dió la vuelta al ruedo; en el cuarto cumplió bien. Manolo Escudero no gustó en el segundo, y en el quinto hizo una faena magnífica. Parrita hizo una faena colosal al tercero, del que cortó la oreja, y estuvo bien en el sexto. Fué despedido con muchos aplausos. Agustín Díaz (Michelin), peón de mucha calidad, fué ovacionado en varias ocasiones.

—En Bilbao lidiaron ganado de Villamarta Pepe Luis Vázquez, Andaluz y Luis Miguel Dominguín. Pepe Luis se lució con la muleta en sus dos bichos. Andaluz, muy valiente, hizo magnífica faena al segundo y lo mató de una gran estocada. Cortó las dos orejas. En el quinto fué aplaudido. Luis Miguel Dominguín estuvo breve en el tercero y cumplió en el sexto.

—Conchita Cintrón rejoneó muy bien un novillo de Escobar en Barcelona y dió la vuelta al ruedo. En lidia ordinaria, Ortega, Belmonte y Pepín Martín Vázquez mataron seis toros de Domingo Ortega. En el primero oyó Ortega palmas, y en el cuarto cumplió. Belmonte fué ovacionado en el segundo y estuvo breve en el quinto. Pepín hizo dos grandes faenas. En la del tercero destacaron tres ayudados por alto y ocho naturales. Cortó la oreja. En el sexto dió la vuelta al ruedo.

—Hubo novillada en Valencia. Pepe Ca-

Parrita, Andaluz, Pepín Martín Vázquez, Belmonteño, Vito, Callito de Dos Hermanas, Alonso Vega, Sergio del Castillo, Alfonso del Toro, Pedro Mesas y Pepe Luis Dorado cortaron orejas **En Méjico fué cogido de gravedad el novillero Daniel Romero.--En Caracas fueron sacados en hombros el caraqueño Diamante Negro, el mejicano Morales y el español Chalmeta**

talán, Vito y Francisco Honrubia lidiaron reses de Buendía. Catalán fué ovacionado en el primero y oyó aplausos en el cuarto. Vito, que se lució con las banderillas, hizo dos faenas muy buenas. Cortó las dos orejas del segundo y dió la vuelta al ruedo en el quinto. Honrubia dió la vuelta al ruedo en el tercero y fué aplaudido en el sexto.



Pedro Mesas

—En Logroño se lidiaron tres novillos de Encinas y uno de Fidel Rubio. Gallito de Dos Hermanas fué ovacionado en el primero y cortó la oreja del tercero. Pepe Illera oyó muchos aplausos en sus dos novillos.

—Ramiro Guardiola, Alonso Vega y Pepe Palacios lidiaron en Burgos seis novillos, mansos, de Celestino Bueno. Los tres matadores estuvieron voluntariosos y con deseos de agradar. Destacó Alonso Vega, que cortó la oreja de su primer novillo.

—Pedro Robredo y Antonio Caro lidiaron novillos de Zaballos en Puertollano. Los dos fueron ovacionados.

—En El Tiemblo se celebraron las novilladas de feria. En la primera, Sergio del Castillo y Alfonso del Toro lidiaron novillos de Fermín Sanz. Sergio del Castillo fué ovacionado en uno y cortó orejas y rabo en otro. Alfonso del Toro cortó orejas y rabo en sus dos novillos. En la segunda novillada se lidiaron novillos de Robles. Sergio del Castillo y Pe-

dro Mesas (Estudiante). Los dos cortaron orejas.

—En Tribaldo (Cuenca) se lidiaron novillos de Eugenio Ortega. Pepe Luis Dorado cortó orejas. Arruza de Aranjuez fué aplaudido.

—En Méjico alternaron con el peruano, Isidro Morales los mejicanos Pepe Luis Vázquez y Daniel Romero, en la novillada celebrada el pasado domingo. Morales cortó orejas y rabo, dió la vuelta al ruedo y salió en hombros. Vázquez cortó la oreja y el rabo del segundo. Romero fué cogido y sufre una cornada grave en el muslo derecho.

—En Caracas reapareció el novillero Diamante Negro, que cortó cuatro orejas y dos rabos. Alternaron con él el mejicano Morales y el español Chalmeta, que también fueron muy aplaudidos. Los tres matadores salieron en hombros, y así fueron paseados por las calles de la ciudad.

—El lunes se celebró el bautizo de un hijo de Gitanillo de Triana. Fueron padrinos Pastora Imperio, abuela del recién nacido, y Manolete. Este arrojó gran cantidad de monedas de peseta a los chiquillos que en los alrededores de la iglesia vitoreaban a los padrinos. Los invitados fueron obsequiados espléndidamente.

B. B.



Belmonteño

A PUNTA DE CAPOTE

LA PLEBE TORERA



LA noble dama francesa que visita la Corte del último Austria, nuestra amiga la escritora condesa de Aulnoy, que ha empalidecido ante el percarne sangriento del bravo conde de Koenigsmark, permanece en el balcón de la embajada preguntándose qué otros motivos galantes y curiosos pueden soliviantar su ánimo... y lo ya visto en la corrida real de la Plaza Mayor.

No hay, no podía haber en Corte alguna, aquel plantel de jóvenes valerosos, centauros finos y elásticos, que por su dama burlaban a la muerte con piruetas funambulescas de bridones como centellas. Las plasticidades rítmicas y raras, el lujo inaudito desplegado, el azar con reacciones imprevistas, toda aquella armonía en la desarmonía de trompetas, pífanos, tambores y clamor de multitud delirante, sumergía la mente del espectador neófito

en una ebriedad que no daba espacio a la reflexión ni al arrepentimiento. Hasta la caterva de pajes y palafreneros de los grandes, vestidos aquel día, por capricho de sus amos, con el atuendo colorista de diversas naciones, en variadas y lucidas telas, era pasmo y orgía de los ojos.

Pero no es sólo el valor y el lujo de los grandes lo que admiraba a la dama extranjera; era también el arrojo del pueblo, de los *capitalistas*, como decimos ahora, que se arrojan a la arena por el placer atávico de burlar al toro, de *torear* con engaño o a cuerpo limpio cuando el toreo no había nacido... Esta plebe torera de entonces y de siempre es el embrión de lo que, dos siglos más tarde, habríamos de llamar con el nombre sonoro de fiesta nacional.

De un grupo de ellos surge en el palenque un bravo vizcaíno, ágil y cimbreño, que salta y monta en el cuello de la res enfurecida, sin dársele un ardid de sus rebriños y coces por librarse de las piernas cimbreantes que la oprimen y de la tenaza férrea de las manos trabadas en los cuernos. Al fin, el cabalgador, cuando advierte que el animal jadea su cansancio, descabalgua con la limpieza saltante de un acróbata. Otros hombres, movidos de envidiosa rivalidad, hacen locuras con los toros. Unos lo esquilvan quebrándoles a cuerpo limpio, otros lo saltan de pitón a rabo, y uno de ellos, sin duda el más temerario, desafía la rabia de la fiera con su cuerpo... Es un mudo —escribe la condesa— que, armado de un puñal, introduce el brazo entre los cuernos y clava el arma en la nuca de la bestia, que cae redonda a sus pies. Un clamor de todo el concurso premia la hazaña impensada.

Hasta aquí la dama francesa ha presenciado los lances inauditos con creciente curiosidad; mas, de pronto, un rictus de horror erispa su semblante de madame buena: acaba de ver dos hombres, muertos o moribundos, retirados a toda prisa de la Plaza... No lo puede sufrir y sale del balcón a la pieza inmediata. Don Fadrique de Cardona y don Fernando de Toledo la siguen cortesmente, procurando calmar sus nervios alterados. Logran hacerla sonreír con ingeniosos discretos, y cuando la ven calmada, afirma don Fadrique con gran convenimiento:

—Mi señora la condesa ha tenido la fortuna de presenciar una corrida regia, en la que apenas hubo sangre...

—¿Apenas?...—interrumpe, atónita, la dama.

—En estas justas, señora, es antes que la vida la bravura, el arte y la destreza de los hombres: Su naturaleza es así porque así somos. El vulgo cree que no hay fiestas reales dignas de tal nombre si no vierten en ella su sangre diez hombres, por lo menos...

El asombro de la extranjera no reconoce límites, y llega al estupor cuando oye decir a don Fernando:

—¿Hubierais visto, *madame*, en el ámbito de esta Plaza Mayor, en día de toros, y no ha muchos años, desarrollarse un suceso, una aventura, una tragedia sublime de amor y de sangre!...

—¡Contad, contad!—suplica la femenil curiosidad de la dama...

—¡Que me place!—dice el caballero. Y empieza su narración. Con ella pondremos punto final a las emociones taurinas de la escritora en nuestra clásica Plaza Mayor.

FEDERICO OLIVER

DE "EL CHICLANERO" PARA ACA

La disciplina en las cuadrillas y la denominada "vergüenza torera"

DESDE Fuentes para acá conocemos el toreo. Esto quiere decir que hemos visto muchos estilos de torear.

Cualquiera pensará que por nuestra veterania estamos dispuestos a echar pestes en cualquier momento contra la forma en que hoy se torea. Pues no hay tal cosa. El toreo de ahora, parado, pasándose el toro con un ajuste inverosímil, tiene un encanto, una gracia y un arte que supera las cualidades del de épocas anteriores.

El toreo ganó en estética, mejoró en belleza, y los toreros de ahora son artistas de más finura que los de antes.

Y ya que hemos tocado las palmas al estilo de torear de ahora, vamos a confesar que, en contrapartida, lamentamos que hayan desaparecido de los ruedos virtudes y cualidades muy estimables, y que los toreros se olviden de aquel genio, aquel puntillo y aquel amor propio que a sus antecesores les dió prestigio y realce ante los públicos.

En la Plaza se ha perdido también aquel espíritu de jerarquía que hacía del jefe de cuadrilla el maestro que daba órdenes y era obedecido. No era como ahora, en que los ruedos todos parecen iguales, y a veces un banderillero prodiga lecciones y da consejos al matador.

Los anécdotas, que se refieren al gran torero el Chiclanero, dicen a las claras cómo se entendía hace un siglo en los ruedos españoles la autoridad del matador y cómo el torero que se estimaba en algo no pasaba por nada que pudiera menoscabar su prestigio y su fama de torero pundonoroso y cabal.

La primera anécdota tuvo lugar cuando José Redondo, discípulo predilecto de Francisco Montes, Paquiro, figuraba en la cuadrilla de éste.

Montes, aquella cumbre de la torería, se gozaba en elogiar las excelentes aptitudes de Redondo, y lo trataba con afabilidad. Pero cuando cometía alguna falta, o su pericia no estaba todo lo alerta que debiera, Montes, el llamado por la afición de la época el "Napoleón de los toreros", se mostraba con el Chiclanero tan inflexible como lo pudiera hacer con cualquier otro lidiador.

Una tarde, en Madrid, José Redondo, con su garbo y su gracia, salió a poner banderillas. En aquella ocasión le falló la facilidad con que, según Sánchez de Neira, realizaba la suerte. Ya porque el toro se tapara, o porque él se retrasara en la salida, el caso es que se pasó sin clavar, con gran extrañeza de Paquiro y del público.

La reprimenda fué dura y seca.

Cuando el Chiclanero volvió a recoger su capote se encontró con su maestro, que, muleta y espada en mano, marchaba hacia la presidencia para pronunciar el brindis.

Montes le dijo a Redondo nada más que esto:

—¡Buen banderillero está hecho usted!; quédese, por hoy, en el estribo y aprenda cómo clavan los demás los palos.

Piensen ustedes si hoy es posible que pueda ocurrir una cosa parecida. ¿Verdad que no?

En la segunda anécdota, el Chiclanero ya es el torero cuajado, de buena planta, que torea de capa y pone banderillas formidablemente; que con la muleta sigue en méritos a su maestro Paquiro, a quien gana la partida con el estoque.

El Chiclanero es el torero presumido, seguro de su arte y de su pujanza, que un día, en sitio público, dice con altanería:

—Yo soy *reondo*, como mi apellido.

Pues a este torero se le presentó un día la ocasión de mostrar a las claras el concepto que tenía de lo que debe ser la dignidad de un matador de toros, y lo hizo de manera tan terminante que del hecho quedó constancia en los tratados taurinos que hoy son clásicos.

Ocurrió así:

La Empresa de Sevilla organizó, en 1846, una corrida de toros, en la que había de tomar parte el Chiclanero. El ganado era de la vacada de don Plácido Comesaña, de la que descendían los toros que actualmente llevan el hierro de la ganadería de los herederos del duque de Tovar.

La víspera del día de la corrida, el Chiclanero llegó a Sevilla, y antes de preocuparse de cualquier otro asunto, marchó a Tablada para ver los toros.

Los ve, en efecto, tuercé el gesto y regresa a Sevilla en busca de los empresarios, a los que encuentra en un café.

Uno de los empresarios era el señor Berro, y con él se encará, después de los saludos obligados, para decirle:

—Señor Berro: mañana no hay función de toros en Sevilla.

Consternación general en la peña, pausa y continuación de la interpretación de Redondo.

—Y no habrá toros en Sevilla porque el Chiclanero se vuelve para su pueblo en el primer vapor. José Redondo, caballeros, no es matador de novillos. Los bichos que hay en Tablada sólo tienen cuatro años, y no los unto yo porque me sobra vergüenza.

Todos los contertulios, amigos del Chiclanero, algunos personas influyentes y de viso, terciaron en la cuestión, pretendiendo convencer al Chiclanero para que desechara aquellos escrúpulos y torear la corrida.

Todo fué inútil. La corrida no se celebró.

Al público se le dió el pego diciendo que los toros se habían escapado. ¿Qué hay, lector aficionado? ¿Cómo te ha puesto el cuerpo el breve relato del gesto del Chiclanero? ¿Verdad que has dicho un ole por lo bajo? ¿Y verdad, también, que aquéllo no hay ahora quien lo repita?

ANTONIO MARTIN RUIZ

Cada siete días una vara

ENSAYO GENERAL CON TODO



Parece ser que se anda tratando de buscar una solución al problema que a tantos preocupa. Nos referimos, naturalmente, a la crisis que

viene atravesando la fiesta nacional. Y para lograrlo se va a tantear el terreno.

Las corridas celebradas hasta la fecha, al parecer —y a la vista de todos está—, no han podido alcanzar ese nivel económico que pretende cualquier Empresa que se precie de tal. Por eso hay que desecharlas. Las novilladas a lo mejor resuelven la cuestión. Y como a eso se aspira, ya hemos dicho que justamente se va a hacer un ensayo general con todo. Si la cosa sale bien, ya no habrá que pensar más. El método quedará patentado por su eficacia, y por lo menos, a algunos, no se les oirá más hablar de la crisis y de la situación económica.

Ahora bien, como la prueba hay que hacerla de forma que luego no haya lugar a dudas, el ensayo se va a hacer con todos los inconvenientes.

Por eso se ha buscado exactamente el día en que hubiera competencia, sin tener en cuenta si ésta era de cuidado o no.

Veremos qué pasa.

Y la semana que viene se lo contaremos a ustedes.

¡Para la SOMBRA y el SOL!

Una anécdota a la semana

¡Con el trabajo que le habría costado amaestrarlo!

El hecho acaeció en Algeciras, y el

protagonista fué un inglés. Toreaba Joselito, y de Gibraltar vinieron muchos aficionados,

atraídos por la fama de aquel gran torero.

Era la feria, y los toros que se corrían aquella tarde pertenecían a la ganadería de Miura.

Joselito aquella tarde estuvo magnífico. Con uno de los toros ligó una faena inenarrable, después de haberle banderilleado con su arte sin par. Para colofón, Gallito, después de cuadrarse, se fué en línea recta hacia el morrillo del toro, dejando una estocada magnífica, que hizo caer al toro sin puntilla.

El inglés de nuestra narración, que a lo largo de la faena no había logrado salir de su asombro, ante tanto arte y tanta gracia, después de reponerse de la emoción, exclamó:

— ¡Qué lástima!
¡Ha matado al toro!
¡Con el trabajo que le habría costado amaestrarlo!

Excuso decirles a ustedes los comentarios que dieron lugar a estas palabras.



EL TORILERO



He aquí al hombre que, domingo tras domingo, en la Plaza de las Ventas, abre las puertas de los sustos. Está vuelto de espaldas, pero es fácil de distinguir, porque el que está a su lado es, como todo el mundo sabe, un alguacilillo. El torilero cumple su misión siempre con la mayor escrupulosidad. Mira y remira el ruedo antes de abrir el portón, y después, tan seriecito, se coloca detrás de la barrera a ver qué pasa. ¡Pero de lo que ocurra, bueno es decirlo, él no tiene la culpa!

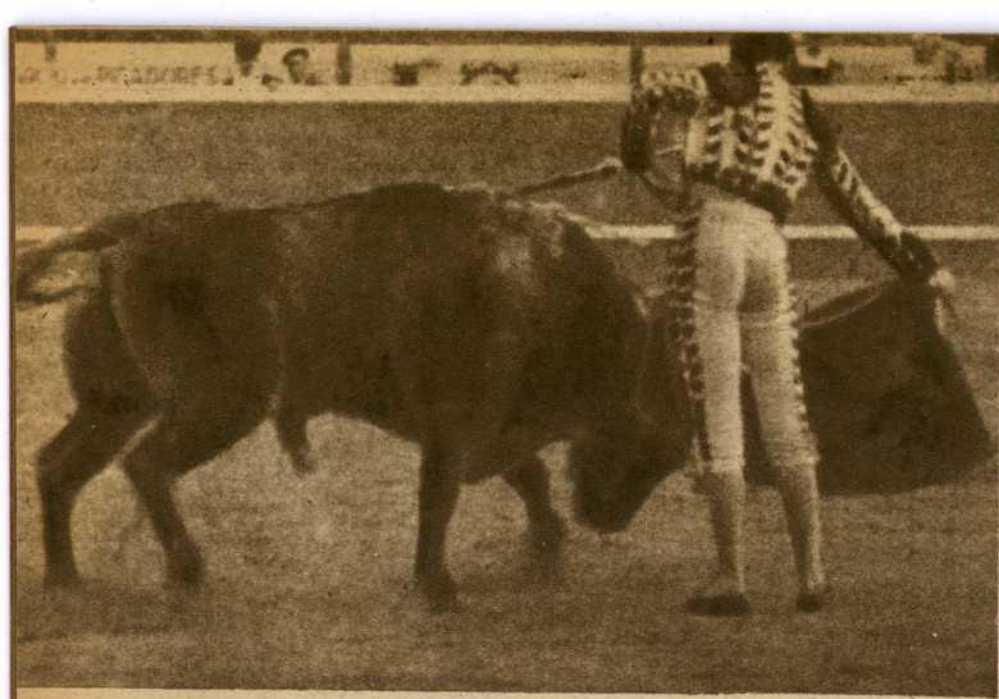
BLENOCOL

Protege al hombre

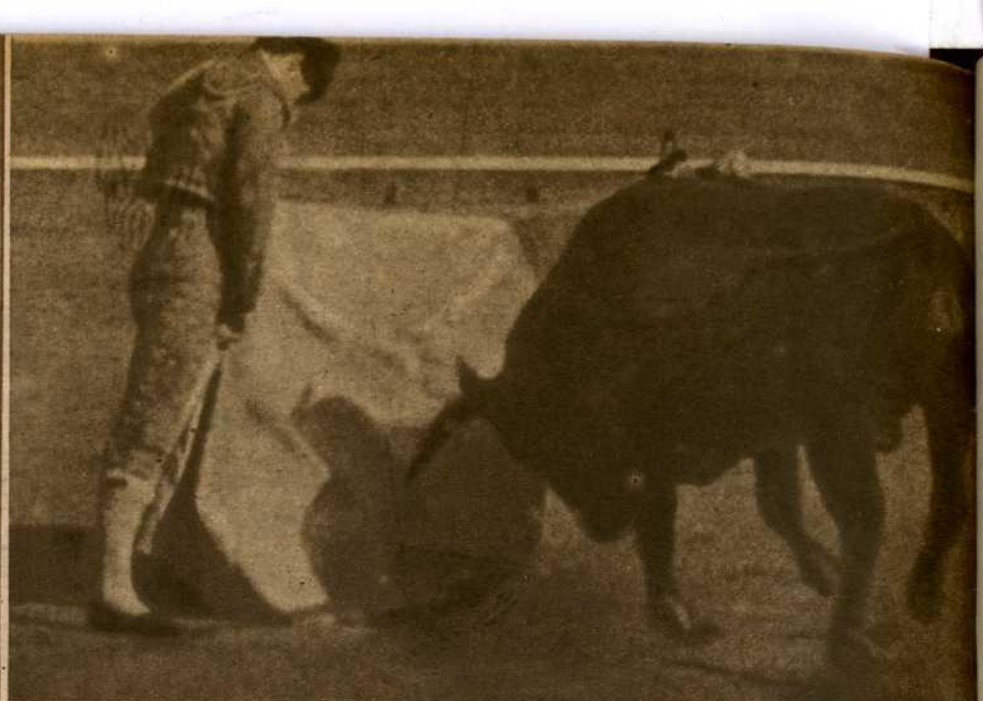
BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



CS. n.º 7327



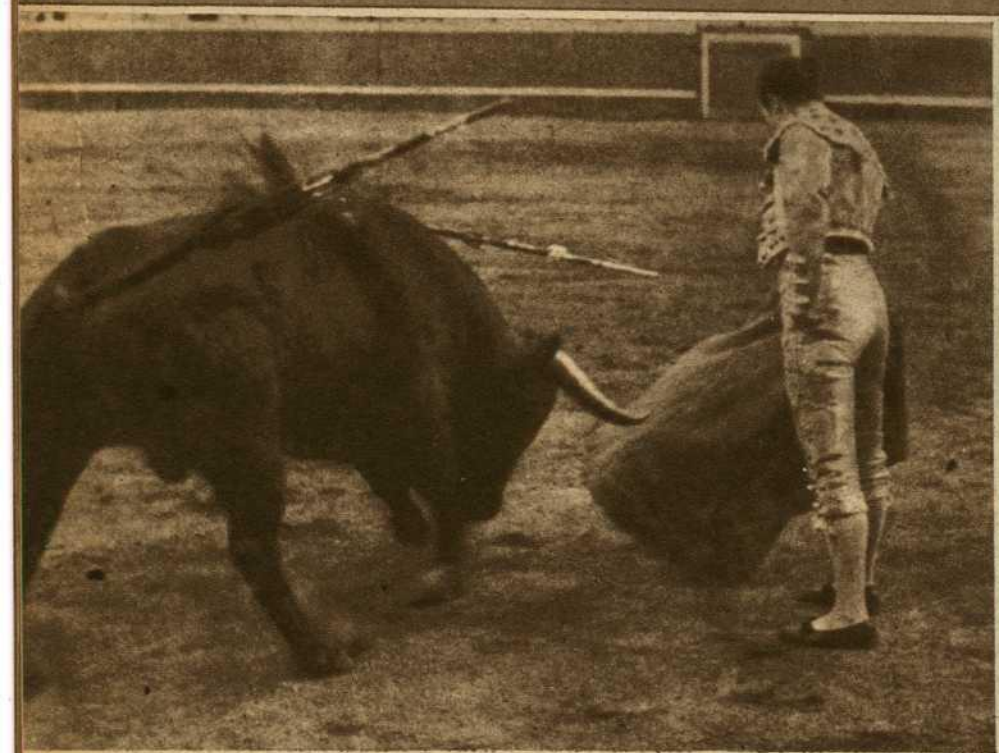
Luis Miguel Dominguín en un derechazo en redondo a su primer toro



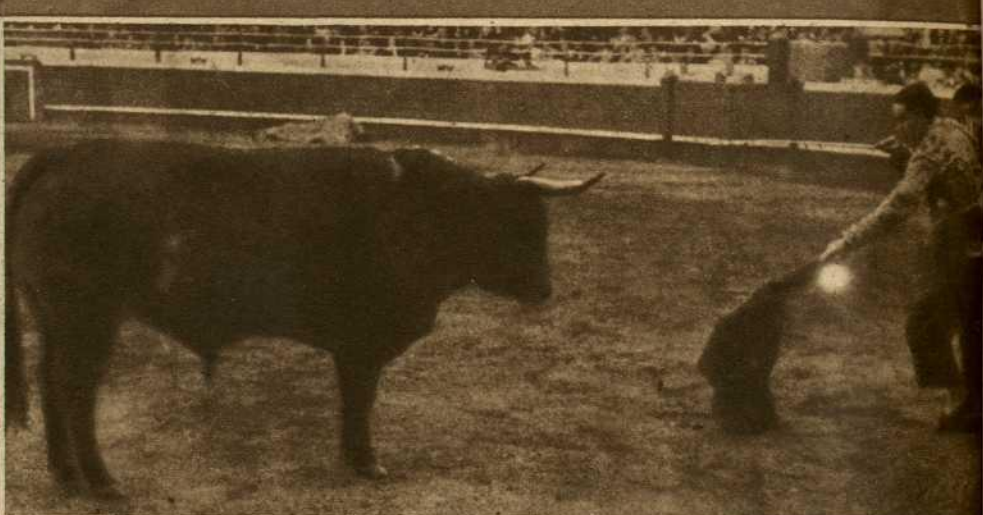
Andaluz toreando a la verónica en el toro del que cortó las dos orejas

CARTEL DE BILBAO

Toros de Villamarta para PEPE LUIS, ANDALUZ y LUIS MIGUEL



Pepe Luis Vázquez toreando de muleta a su segundo toro. — Abajo: Aparatosa cogida de Andaluz, que, afortunadamente, no tuvo consecuencias



Después del revolcón sufrido, Andaluz hubo de ponerse un pantalón de monosabio. He lo aquí entrando a matar de esta guisa. — Abajo: Andaluz, entre barreras, trata de recomponer la taleguilla, rota en el percance. (Fotos Elorza)

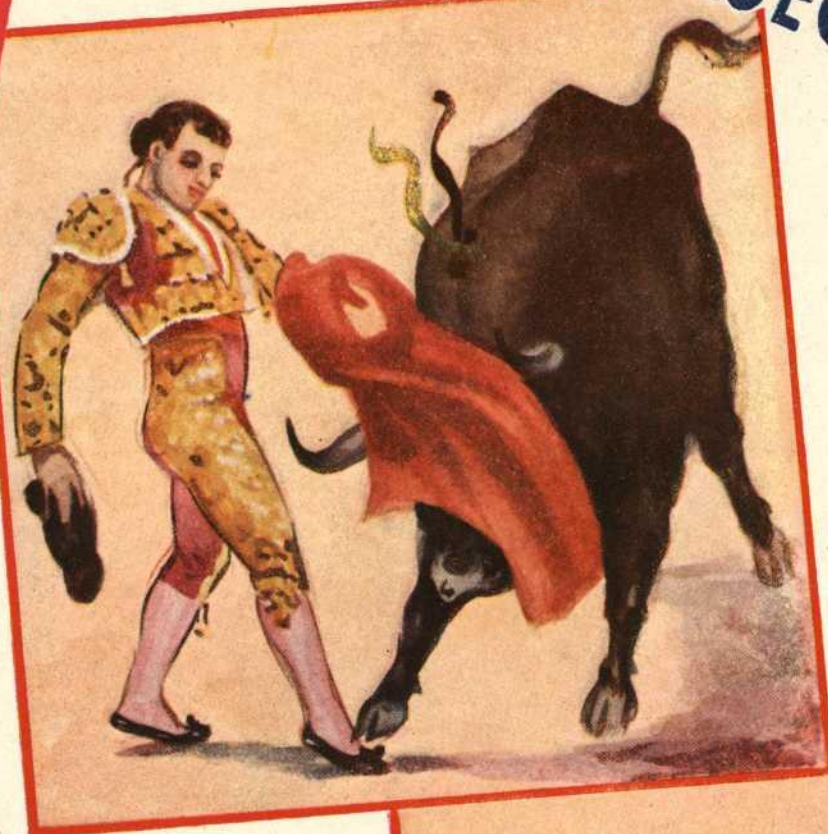




SUERTES DEL TOREO

EL FUNDADOR ... Y SUS SEGUIDORES...

RECORTE CAPOTE AL BRAZO



Fué su creador el malogrado torero sevillano Antonio Jiménez, "Reverte". Plegado el capote en el brazo, citaba al toro, a veces antes de la suerte de varas, y otras, al entrar al quite, pero siempre con la res sobrada, brava y entera, y la despedía, mandándola como si diese un ceñidísimo pase hacia el costado opuesto al del brazo que sostenía el capote

De los toreros contemporáneos, ha sido el matador de toros madrileño Antonio Sánchez quien con más frecuencia y mayor emoción ha realizado tan arriesgada suerte, que hoy casi no se practica



...Y PARA CALIDAD...

COÑAC FUNDADOR

DOMMECQ